ENSAYO

ÉPICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

Russell P. Sebold
DONACIÓN

DRPS
FA
733

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria
0500769832

ENSAYO

ÉPICO

LIBRERIAS DE LA VDA DE RICO
TRAVESIA DEL ARENAL 1 Y PONTEJOS 8
MADRID

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FE DRPS/FA/0733
0500769732

ALFONSOS E ISABELES

POEMA ÉPICO.

ALFONSOS E ISABELES,

ENSAYO ÉPICO

DEDICADO Á S. A. R.

EL SERMO. SR. PRINCIPE DE ASTURIAS,

POR

D. ALBERTO CARRASCO,

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

original de

D. RAFAEL CHAMORRO,

Doctor y Catedrático de ciencias.

MADRID:—1862.

Imprenta Militar de D. Pedro Montero,

Plazuela del Cármen núm. 1,

A SU ALTEZA REAL

EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Serenisimo Señor:

Once Reyes de Castilla se inmortalizaron en la historia de nuestra pátria, llevando el nombre glorioso de V. A. R. Modelos de Príncipes y de caballeros, supieron legar á sus descendientes las grandes prendas de valor y prudencia que tan necesarias son para gobernar los pueblos haciéndolos prósperos y felices.

En el presente humilde ensayo, cuya dedicatoria se ha dignado aceptar en nombre de V. A. R. la noble y bondadosa Reina Isabel, *he procurado trazar á grandes rasgos, el cuadro verdaderamente magnífico, que ofrece el reinado de cada uno de esos monarcas, á la vez que el de las dos* Reinas *ilustres, jóvenes y hermosas, que en épocas bien azarosas y á través de los mayores peligros, lograron rege-*

nerar la monarquía, elevándola á la altura de las primeras naciones: esas dos esforzadas Princesas, dignas de eterna memoria, no es necesario decirlo; han sido la egregia ISABEL LA CATÓLICA, *y la generosa y magnánima* ISABEL II, *Madre augusta de V. A. R.*

La grandeza del asunto era ciertamente superior á mis fuerzas; pero esa misma notable circunstancia servirá en parte á disculpar mi atrevimiento, y el nombre excelso de V. A. R. amparará mi oscuro nombre, que no hubiera osado dar al público, sino bajo la égida poderosa del régio vástago, á quien destina la Providencia para perpetuar la memoria de los ALFONSOS *y las* ISABELES.

Señor

A L. R. P. de V. A. R.

Alberto Carrasco.

PROLOGO.

Si en todos los tiempos ha sido difícil escribir un poema de regular estension que deleite el ánimo y enseñe, lo es mucho más en la época actual en que parece que las Musas han perdido gran parte de sus atractivos. Segun la indiferencia con que hace algunos años se miran por la generalidad las composiciones poéticas, podria decirse con alguna razon que, ó el lenguaje de los dioses se ha adulterado, ó que los mismos dioses han cambiado de naturaleza, encontrándose en desarmonía sus sentimientos con la manera de espresarlos.

Verdad es que cada siglo tiene su carácter propio, y que el nuestro hasta ahora no presenta otro que el de una *transicion*, cuyo fin no puede descubrir el hombre. No estamos unidos, como en otras épocas lo estuvieron, por una filosofía general que resolvia todas las cuestiones con arreglo á leyes preestablecidas; y de aquí procede necesariamente el desacuerdo en esa multitud de ideas que abraza la humana inteligencia; y de aquí tambien el que no tengamos vínculos que nos obliguen á marchar, si no por el mismo camino, porque esto es imposible y hasta sería un grave mal, al menos por sendas distintas que llevaran siquiera la misma direccion. En una palabra, mientras no haya principios fijos y seguros en que descanse el entendimiento, ni habrá la avenencia apetecible, ni las obras que se escriban llenarán los deseos de los lectores.

Los adelantos de las ciencias no pueden menos de influir en el sentimiento, que es la base de la poesía y de las bellas artes; y este sentimiento será tanto más poderoso, cuanto más en equilibrio se encuentren los diversos conocimientos; pues solo de esta manera pueden los afectos tomar unidad y la vehemencia

y colorido que les conviene para hacerse agradables. Es cierto que contamos en el dia con asombrosos adelantos en las ciencias naturales, que han cambiado la sociedad en su accion, aprovechando fuerzas que antes no se conocian, y con los cuales se han realizado *imposibles* de otros siglos; pero tambien es cierto que estas mismas ciencias han convertido una porcion de artes en otras tantas industrias, arrebatando al ingénio su mayor gloria; que sus prodigiosos descubrimientos no están limitados todavía por una teoría metafísica que los abrace y compruebe, como si aun esperasen otros que sirviesen de complemento; y que este avance tampoco se halla en consonancia, del modo general que conviniera, con los adelantos de las ciencias morales y políticas, tan indispensables como aquellas para realizar la unidad social. Bajo este punto de vista es la sociedad presente comparable con un hombre atlético que ha logrado alcanzar estraordinarias fuerzas; sin que, á pesar de su buen deseo, haya podido aun desarrollar en igual proporcion su espíritu y su inteligencia.

Y si las consideraciones que preceden atañen tanto á las ciencias como á las obras de

ingénio, ya que es indispensable admitir algun enlace entre unas y otras, claro está que en las últimas, por lo mismo que se dirigen principalmente á deleitar, se hace más necesaria su armonía con ideas fundamentales predominantes, que son cabalmente las que faltan en el presente siglo.

La obra del Sr. Carrasco, y el juicio general que acerca de las causas de la decadencia de la poesía tenemos formado, nos han sugerido las anteriores reflexiones. El Sr. Carrasco ha de tropezar indefectiblemente con los obstáculos indicados: su obra no es tampoco de aquellas en que la fantasía y el ingénio pueden campear libremente, para lo cual, si bien es cierto que se necesitan dotes superiores, tambien lo es que compensa esta dificultad, la ventaja de recrear al lector con la variedad bien elegida de los asuntos y con las nuevas impresiones por que se le hace pasar. El poema del Sr. Carrasco ALFONSOS É ISABELES, es, como se infiere por su título, un cuadro de cada uno de los Reyes y Reinas españoles que han llevado estos nombres; pero hecho, segun convenia, con concision y acierto; tomando los rasgos más característicos, y refiriendo las ha-

zañas y proezas históricas más culminantes, para dar una cabal idea de tan renombrados Monarcas. Está escrito en magníficas octavas, fáciles y sonoras, sin llaneza baja en la espresion, ni afectadas frases; defectos ambos que tanto deslucen esta clase de composiciones y que criticó con tanta justicia el célebre Moratin en LA DERROTA DE LOS PEDANTES. La monotonía que pudiera temerse por el uso de una sola metrificacion, no existe por la buena construccion de los versos, y tambien por la diversidad misma de los sucesos que de cada Monarca se relatan.

Confesando ingénuamente la escasa autoridad de nuestro juicio, creemos no obstante, que la obra del Sr. Carrasco merecerá buena acogida de las personas ilustradas, ya la consideren literariamente, ya como un resúmen acertado de una parte de nuestra historia. El autor es un jóven; y si en este ensayo se le anima, podrá adquirir nuevos laureles que redunden en crédito suyo y en el de nuestra España.

S. M. la Reina ha aceptado bondadosamente la dedicatoria que el autor ha hecho de su obra á S. A. R. el Príncipe de Asturias, pues

siempre son necesarios ilustres Mecenas para estímulo de las artes y del ingénio; y bueno es además que el que hoy es la esperanza de la pátria, principie en su tierna edad á conocer las altas prendas de antecesores que llevaron su insigne nombre, para que, en otra más madura, los imite y aun aventaje, consiguiendo el amor de los pueblos y la inmortalidad de la historia.

Confiemos en la Providencia que acude universal é incesantemente con eficaces auxilios allí donde son necesarios, y que visiblemente proteje nuestra nacion. No hace muchos años que desolándonos la revolucion y la guerra fratricida nos envió un ángel, que solo con serlo interesó los corazones de esta nobilísima tierra, y nos abrazamos, y bajo su cetro hemos corrido en corto tiempo un camino dilatadísimo. ¿Por qué no hemos de esperar un héroe que continúe la obra y realice las aspiraciones que aparecieren? El Príncipe Alfonso, al lado de su augusta Madre, aprenderá el difícil arte de reinar, y despues con su ejemplo y virtudes será un modelo de Reyes para gloria y ventura de la magnánima nacion Española.

RAFAEL CHAMORRO.

INVOCACION

A NUESTRA SEÑORA,

EN EL

SAGRADO MISTERIO

DE SU

INMACULADA CONCEPCION,

PATRONA DE ESPAÑA.

I

¡Rayo de luz! ¡Estrella refulgente!
¡Lirio gentil, de aromas celestiales!
¡Faro, do resplandece eternamente
la fé, con sus purísimos raudales!
¡Iris de paz, de caridad ardiente!
¡Escudo que á las iras infernales,
contiene con su influjo soberano,
amparando al católico cristiano!

II.

¡Vírgen de Nazaret! Perla escondida,
guardada por los Angeles del Cielo!
¡En el primer instante concebida
sin mancha ni pecado. Casto velo
guardaba tu existencia bendecida;
siendo solo tu ardiente, santo anhelo,
consagrar al Señor tu fé y pureza,
tu tierno corazon, y tu belleza!

III

¡Oh! ¡Madre de los hombres venerada!
¡Refugio de los pobres pecadores!
¡De tu pueblo Español, idolatrada!
¡que no olvida piadoso tus favores!
¡Pues con tu amparo, vieron respetada
su enseña, nuestros ínclitos mayores,
y ensancharon la patria monarquía
á cuanto el sol en su carrera via!

IV.

¡Ilumina mi pobre entendimiento!
¡Dále á mi corazon santa ternura!
¡Inspira mi cristiano pensamiento,
con la mas grande, con la fé mas pura!
¡Presta á mi voz el poderoso aliento
del valor, la piedad, y la dulzura!
¡Para cantar la gloria, Vírgen pia,
que por ti consiguió la patria mia.

V.

¡Para cantar, los hechos portentosos,
que con asombro consignó la historia,
de *once Alfonsos,* monarcas valerosos,
de inmortal y magnífica memoria!
¡Que al lidiar por su patria y fé, piadosos,
merecieron les dieras la victoria!
¡Que si el triunfo sus armas alcanzaban,
era, porque en tu amparo confiaban!

VI.

¡Para cantar el nombre bendecido
de la augusta Isabel, que victoriosa
á sus plantas miró, triste y rendido
el poder musulman! ¡Reina gloriosa,
gozó del triunfo y perdonó al vencido!
¡Sublime en caridad, del bien ganosa,
magnánima, benéfica, sencilla!...
¡Tan grande fué la Reina de Castilla!

VII.

¡Para cantar, á los que cruda guerra
hicieron á las huestes africanas,
ganando, palmo á palmo nuestra tierra,
esclava de las lunas musulmanas!
Hasta que tanto esfuerzo, las encierra
en un cerco de lanzas castellanas!..
¡Concluyendo Isabel, con su heroismo,
por lanzar de Granada al islamismo!

VIII.

¡Once Monarcas y una gran Princesa,
restauraron la España de los godos!
Sin duda quiso Dios, que en esta empresa
de Alfonso el nombre, apadrinára á todos.
Santo misterio aquese nombre espresa,
que ellos dieron á España de mil modos,
grandes victorias, y cristianas leyes...
¡Modelos de soldados y de reyes!

IX.

Y el nombre de Isabel, sagrado nombre,
simbólico tambien para la España,
Que alcanzó de Católica el renombre
á esta princesa, ¡Providencia estraña!
¡Dios concedió, para que mas asombre,
salvar la patria de la horrible saña
con que el alarbe la oprimiera inmundo,
y en premio á su virtud, dióla otro mundo!

X.

¡Todos en tu servicio, Vírgen pia,
con devocion ferviente y santo celo,
celebraron tus glorias á porfía,
madre de Dios, Reina de Tierra y Cielo!
¡Y tú, que velas por la patria mia,
que en tí vé su esperanza, su consuelo,
tras lucha que de sangre á España inunda,
nos dá la paz con Isabel Segunda!

XI.

¡Sí; la España de Cides y Girones,
la patria de Padillas y Guzmanes,
la nacion de Corteses y Leones,
de Pizarros, Cisneros y Bazanes,
de Leivas, de Castaños y Pinzones,
de los traidores derrotó los planes,
grabando para siempre allá en Vergara
¡*Libertad é Isabel*! ¡Enseña cara!

XII.

¡Libertad é Isabel! Frutos preciosos
á España, bajo enseña tan gloriosa,
dá el reinado, que torpes ambiciosos,
manchar osaron con traicion odiosa!
¡Mengua, para los viles sediciosos
que encendieron la guerra desastrosa!
¡Intentando quitar la monarquía
á la que *Reina de Tetuan* seria!

XIII.

¡A la que de la España moribunda,
sumida en la ignorancia, envilecida,
con mano liberal, franca, fecunda,
sembrando el bien, la torna á nueva vida!
¡Que es con verdad digna Isabel Segunda,
pues que de una nacion pobre, abatida,
cual la grande Isabel, con igual suerte
un reino hará feliz, temido y fuerte!

XIV.

¡Oh! ¡Santa Vírgen! ¡Tú, que levantada
desde la pobre choza dó naciste,
sobre el género humano colocada,
del Hombre-Dios, ser Madre mereciste;
tú, Reina de los Cielos, celebrada
por la humildad con que tal dicha hubiste,
oye mi voz perdida y solitaria,
acoge compasiva mi plegaria!

XV.

No es el orgullo, vano, miserable,
el que los hechos á cantar me guia,
de tanto Rey, heróico y memorable,
honra de la española monarquía,
que en lucha de ocho siglos, admirable
por la fé de Jesus y de María,
con cristiano fervor y firme aliento,
lidiaron, sin dudar del vencimiento!

XVI.

¡No es el orgullo; es que tus triunfos canto;
que tú diste á sus armas la victoria,
que tú cubriste con tu egregio manto
nuestra patria infeliz; y á la memoria
presentar quiero, esfuerzo, valor tanto,
el inmortal camino de la gloria,
al que imitar les debe en sus hazañas
y será Alfonso Doce, en las Españas!

XVII.

¡Príncipe Alfonso, el nombre que te han dado,
á ser noble te obliga, y valeroso,
ningun Rey, ese nombre ha mancillado
con acto vil, ni vicio deshonroso;
el Cielo, para Rey te ha destinado
de un pueblo hidalgo, fuerte y generoso!
¡Haz feliz la española monarquía!
¡Préstale tu favor, Vírgen María!

CANTO PRIMERO.

ALFONSO I, EL CATOLICO.

(Desde 739 á 756.)

I.

¿Qué fué de España, cuando destrozada,
por la venganza de Julian, vendida,
vió á Rodrigo, perder en la jornada
del Guadalete, reino, honor y vida;
y á los hijos del Africa entregada,
se halló de dueña, en sierva convertida,
ocupando los fieros vencedores
sus mas ricas provincias cual señores?

II.

En un rincon de Asturias, recogidos,
los godos, que con ánimo valiente,
antes quieren ser muertos que rendidos,
se aprestan á la lucha sordamente.
El vencedor, los mira reunidos
sin temor, por ser *poca* y *flaca gente*.
¡Pocos son, es verdad, pero en su guia
llevan la fé y amparo de María!

III

¡Pocos son, pero bravos campeones
defienden de su sierra la aspereza,
destrozando á los fuertes escuadrones,
con las armas que forja su rudeza.
Con las hondas y dardos, los peones,
al moro espantan, y á ceder empieza
y huye veloz, al ver que cual un rayo
de Covadonga sale D. Pelayo!

IV.

Pelayo, cual prudente, gobernando
la tierra que salvó con su bravura,
en paz siguió, sus fuerzas aumentando,
para ocasion mas próspera y segura.
No le inquietaba el agareno bando,
que acuerda á Covadonga con pavura.
Dejó el trono á Fruela, que menguado,
en reinar y morir fué desgraciado!

V.

Rey aclaman á Alfonso, y rey debia
ser, el valiente que alcanzó la gloria,
de ensanchar la cristiana monarquía,
cual con asombro admira la memoria.
Su fuerte espada, los cristianos guia,
logrando en cada encuentro una victoria.
Dando principio á la sangrienta guerra
que en ocho siglos asombró á la tierra.

VI.

¡En vano intenta el árabe iracundo,
oponerse á su marcha triunfadora!
¡Nada resiste á su valor; fecundo,
su génio audáz, ya es dueño de Zamora;
Lugo y Orense, de terror profundo,
ríndense ante su espada vencedora!
¡Y á Tuy, Braga, Viseo, Salamanca,
con Astorga y Leon al moro arranca!

VII

Sus armas victoriosas conduciendo,
salva del moro á la tremenda saña.
¡Cuántos cristianos viven padeciendo
en Ledesma, Sepúlveda, Saldaña!
¡Osma y Simancas, ceden al estruendo
que á sus marciales huestes acompaña!
¡Tanto valor al agareno agovia,
que á Ávila rinde, Chaves y Segovia!

VIII.

¡El terror que sus armas infundieron
en las hordas del fiero mahometano,
fué tal, que sin obstáculo corrieron,
desde el alto Piréne, al Océano!
¡Hasta los campos góticos, sufrieron
el furor del ejército cristiano;
que del mar de Cantabria, valeroso,
llegó hasta Guadarrama victorioso!

IX.

¡Será posible! ¡Un hombre solamente
puede infundir tan singular pujanza,
que con tan poca y desarmada gente,
haga en sus enemigos tal matanza!
¿Quién no mira en valor tan elocuente,
que el mismo Dios le asiste en su venganza?
¿Quién dudar puede, que el favor del Cielo
vá, con el que es de reyes un modelo?

X.

¡Santa mision cumpliendo, presuroso,
á Jesucristo templos elevando,
al par que gran caudillo, rey piadoso
vá por do quier, la religion sembrando.
Mereciendo el dictado tan glorioso
de Católico, nombre venerando,
que los reyes de España llevarian,
y que antes que á ninguno le debian

XI.

A cuatro lustros, no llegó el reinado,
que hizo inmortal su tino y su prudencia
dejando en los cristianos arraigado,
su espíritu de santa independencia;
y un reino fuerte, grande y respetado,
capaz de hacer al moro resistencia.
¿Por qué llevó la muerte tan temprano,
aquel rey tan valiente, tan cristiano?

XII.

El Católico Alfonso celebrado,
subió á gozar la verdadera gloria,
de su pueblo con lágrimas llorado,
y del infiel sentido. Su memoria,
el respeto de santa ha conservado;
pues nos dice verídica la historia,
que en Covadonga al sepultarle, el canto
de un coro celestial, se oyó, y el llanto!

CANTO SEGUNDO.

ALFONSO II, EL CASTO.

(Desde 791 á 842.)

I.

El Casto Alfonso, cual su ilustre abuelo,
rayo que Dios contra el alarbe lanza
antes que el poder darle, quiso el Cielo
probar con la desgracia su templanza;
pues al morir Fruela, de su celo
llevados los cristianos, y esperanza
de mejor direccion, no vacilaron
y por niño su herencia le quitaron.

II.

Cuatro reyes, el trono de Galicia,
ocuparon, dejándole olvidado
de nobles ambiciosos la malicia,
con pérdida y baldon para el Estado;
hasta que comprendiendo su pericia,
el gran Bermudo le llamó á su lado
y dándole su cetro y su corona,
consagró á Dios, humilde, su persona

III.

A tiempo el nuevo rey cubrió su frente
con la diadema Gótico-romana;
pues se vió acometido bruscamente,
por la terrible hueste musulmana.
Abdel-Vaid, avanza cual torrente,
entra talando la nacion cristiana,
y de Lugo y Astorga ¡saña fiera!
las comarcas reduce á inmensa hoguera.

IV.

Presuroso su triunfo proseguia
el soberbio valí; no imaginaba
que su deshonra y tumba encontraria
en la tierra que sierva ya juzgaba;
mas Don Alfonso le alcanzó en Burbia
cuando al incendio y robo se entregaba,
¡y con muerte del gefe desdichado
fué en el combate el moro derrotado!

V.

Se irrita Abderraman, jura, furioso,
llama al valí Yussuf, gefe valiente,
y que marche, le encarga, presuroso,
á vengar la derrota; velozmente
un ejército junta numeroso,
de esperta, brava y aguerrida gente.
¡Mas de setenta mil lleva consigo!
¡Quién podrá resistir tanto enemigo!

VI.

¿Quién podrá resistir? ¡Terror profundo
de los cristianos pechos se apodera!
¡El enemigo avanza furibundo,
sembrando el llanto y luto por do quiera!
¡Entra en *Lodos*, pantano sucio, inmundo,
y en él le ataca Alfonso, de manera,
que aunque apelar intentan á la huida
ni uno solo, salvar puede la vida!

VII.

No escarmentado el bárbaro africano,
tercera vez se apresta á la pelea,
Abdel-Kerim, del pérfido cristiano,
grita el emir, estingue la ralea.
Rincon no quede en el confin hispano,
que si resiste, respetado sea.....
Vé, dice Abderraman, con Abdalá,
combate por Mahoma y por Alá.

VIII

Abdel-Kerim se apresta, y á la guerra
con Abdalá tambien, gefe brioso,
principio dá; ¡su nombre solo aterra!
Pero no teme Alfonso, que animoso,
aguarda en la frontera, pues su tierra
quiere librar del enemigo odioso.
Sírvele el rio Ancéo de muralla,
y en el campo Naharón dá la batalla.

IX.

El combate comienza con el dia,
y antes que el sol mediara en su carrera,
yá derrotado el musulman huia,
siendo cortado en la fatal ribera;
y si alguno en el bosque se escondia.
era cazado, cual hambrienta fiera.
Al agua ó filo, todos espiraron.
yAbdalá y el Kerim, que los guiaron.

X.

Alegre Alfonso, con tan gran victoria,
para mas humillar al africano,
corre sus tierras con fortuna y gloria,
por el hermoso suelo Lusitano.
Por mucho tiempo les dejó memoria,
del valor del ejército cristiano,
llevando su pendon tan adelante
que hasta Lisboa penetró triunfante.

XI.

Viendo Alfonso su reino dilatado,
se vuelve á Dios, y con cristiano anhelo,
consagra Catedral, el celebrado
templo del Salvador. Piadoso el Cielo,
una cruz milagrosa le ha entregado,
por dos ángeles hecha. ¡Gran consuelo!
Y Teodimiro, ¡maravilla estraña!
halla el sepulcro del Patron de España.

XII.

¡El *Casto*, el *Sobrio*, el *Pio*! le llamaron
á aquel gran rey, que á su marcial talento
debió el trono, que ingratos le negaron
olvidando su régio nacimiento.
Las virtudes en él, todas brillaron
aunque la *castidad* fué con aumento.
¡Y en su largo reinado, grande gloria,
ni una derrota consignó la historia!

CANTO TERCERO.

—

ALFONSO III, EL MAGNO.

(Desde 866 á 912.)

I.

¡Un gran monarca al mundo prometia,
el que aun imberbe mozo aventajado,
ya con su padre el peso compartia,
de la guerra y gobierno del Estado!
Ocupa el trono, y la traicion impía,
quiere probar su esfuerzo; el pueblo airado
se une á su jóven Rey, que victorioso
dá la muerte al caudillo sedicioso.

II.

De Córdoba, el califa soberano,
se apresta á combatir con arrogancia.
Seguro el triunfo vé, que el rey cristiano
aun juzga no ha salido de la infancia.
Parte, dice á un valí, tala inhumano,
no haya á mi ley, defensa ni distancia;
Rinde al infiel, esclama altivo el moro,
tráeme sus bellas hijas y su oro.

III

¡Insensato! cuando él así decia,
el bravo Alfonso, rayo de la guerra,
del Duero el curso ya cruzado habia
difundiendo el espanto por su tierra.
En vano el pueblo musulman corria
y con ímpetu osado el paso cierra,
les rompe Alfonso; y desmantela á Coria
y á Salamanca, en pos de la victoria.

IV.

Furioso Mohamed, jura venganza.
Manda á Almundhir, que marche con presteza.
Hácia Galicia, el fuerte moro avanza.
Pero Alfonso, le aguarda con firmeza,
le ataca y vence, tras su grey se lanza;
el castillo fortísimo de Deza
rinde despues, y sin tomar sosiego,
entra en Coimbra, en Porto y en Lamego.

V.

Almundhir, furibundo, avergonzado,
volver no quiere sin lavar su afrenta.
Sorprender á Zamora ha meditado,
y seguro sobre ella el triunfo cuenta;
pero al socorro corre apresurado
Alfonso, y en accion ruda, sangrienta,
donde quince mil moros perecieron
postrados á sus pies, la paz pidieron.

VI.

Fenecida la tregua concertada,
vuelve Alfonso, á emprender su santa empresa.
De Mérida, en la tierra hace su entrada,
en el moro causando gran sorpresa.
Cruza el Guadiana; su triunfante espada
hasta Sierra-Morena, deja impresa
su sangrienta señal. Torna á su tierra
y el paso al moro con castillos cierra.

VII.

¡Lanza Mohamed bramidos de coraje,
al ver de Alfonso el singular arrojo,
jura que ha de rendirle vasallaje,
y á sus pies le ha de ver! Este sonrojo,
lavará del islam el grande ultraje;
sacad, dice, sacad mi pendon rojo,
no haya piedad, Abul-Kerim avanza,
hazles sentir mi cólera y venganza.

VIII.

¡Tiembla la tierra al sin igual estruendo
que el ejército infiel va ocasionando!
¡Mas de sesenta mil, viene rigiendo
Abul-Kerim, los campos asolando!
Llegan sobre Zamora, á dó corriendo
avanza el Magno Alfonso, y disputando
durante cuatro soles la partida,
el Kerim la perdió, con honra y vida.

IX.

Comprende Alfonso, que tan gran victoria
debe darle mayores resultados;
no le adormece el humo de la gloria,
como á caudillos menos ilustrados;
quiere dejar al árabe memoria,
marcha sobre Toledo y aterrados,
piden la paz, que otorga placentero,
mediante un gran tributo de dinero.

X.

Para probar de Alfonso la grandeza,
Dios permitió, que sus ingratos hijos
se alzáran contra de él; esta vileza
vino á turbar los puros regocijos
del Magno rey; mas junta la nobleza,
y en el bien del pais sus ojos fijos,
por evitar la guerra en mala hora,
renunció el cetro y se encerró en Zamora.

XI.

Anciano y sin corona, su ardimiento
quiso al moro probar por vez postrera.
Pide á su hijo García asentimiento,
como á su rey, y cruza la frontera.
Hace en el moro el último escarmiento,
regresando triunfante su bandera.
¡El cansancio y placer de esta victoria,
le abrió las puertas de la eterna gloria!

XII.

Así murió este Rey tan celebrado
por su piedad, su arrojo y su clemencia.
Con lágrimas sinceras fué llorado,
que supo de reinar la hermosa ciencia.
Noblemente se mira sepultado,
donde con su real munificencia,
por su fervor se adora consagrada,
la cruz de Covadonga, celebrada.

CANTO CUARTO.

ALFONSO IV, EL MONJE.

(Desde 925 á 930.)

I.

No exhalan del jardin todas las flores,
rico aroma, que embriaga con su esencia.
No son todos los pájaros cantores
de trino melodioso. No es la ciencia
igual, entre los sábios pensadores.
No hay en todos los hombres fé y conciencia.
No todos los que rigen un estado
son de justicia y de virtud dechado.

II.

No son todos valientes y leales,
amantes de la gloria, generosos;
no todos sienten, si terribles males,
oprimen á sus pueblos; no animosos,
se desprenden de goces terrenales,
y al frente de sus huestes valerosos,
saben perder hasta la propia vida,
por no ver su nacion envilecida.

III.

¿Y por qué? sino tienen ardimiento,
si no sienten el fuego de la gloria,
si su mezquino y pobre pensamiento,
no anhela, ver grabada su memoria
en eterno, sublime monumento,
siendo ejemplo de reyes en la historia.
¿Por qué con torpe afan, por qué ambiciona
ningun Rey, una espléndida corona?

IV.

¿Por qué quieren reinar? ¡Suerte menguada,
la del pueblo, que vive condenado
á sufrir la cadena tan pesada
de un rey tirano, injusto y depravado!
Verá justicia y ley menospreciada,
la pasion, el favor entronizado.....
¡Cómo el pueblo ha de amar aquellos reyes
que ultrajan la virtud, pisan las leyes!

V.

El que quiera mirarse respetado,
principie por hacerse bien querido.
El que ha de ser primero en el estado,
no ha infundir horror. El que nacido
en las gradas del trono, colocado,
se juzga sobre el mundo, y con olvido
de su real dignidad, es rey tirano,
ese, ni es caballero, ni cristiano!

VI.

¡Ay! algunos monarcas desgraciados,
por olvidar en triste, horrible dia,
á qué están con sus pueblos obligados,
pagaron su indolencia y apatía
viéndose perseguidos, destronados.....
Leccion terrible, que enseñar debia
lo que nunca olvidar deben los reyes,
que sobre la corona, están las leyes.

VII.

Por eso los monarcas que dejaron
del mundo el oropel y pompa vana,
y el cetro, por un hábito trocaron,
con sincera piedad y fé cristiana,
cnando á la luz de la razon, miraron,
para reinar su pequeñez humana,
fueron grandes, que hicieron un servicio
al pueblo, con su noble sacrificio.

VIII.

Alfonso el Cuarto, ciñe la diadema
y al ver su peso siéntese abrumado.
Pídele á Dios, no lance su anatema,
si no gobierna bien, tan grande estado.
El cetro del poder brillante emblema,
quiere entregar á un brazo mas osado.
Su modestia quizá le engañaria,
mas obró como un rey obrar debia.

IX.

Un lustro escaso gobernó, y queriendo
su conciencia calmar, y un rey valiente
dar al pueblo, que siga combatiendo
al árabe, y lo mande rectamente,
mandó llamar los nobles y esponiendo
sus razones, con voz clara, elocuente,
á D. Ramiro, su segundo hermano,
hizo entrega, del cetro soberano.

X.

Saluda el pueblo, lleno de contento,
al nuevo rey, que el Cielo le depara,
por saber su valor y noble aliento,
y que al moro jamás volvió la cara.
Todo lo esperan de él; con su talento,
dicen hará feliz la pátria cara.
Bueno es Ramiro, pero no olvidemos
que al desprendido Alfonso lo debemos.

XI.

Así Alfonso, las gracias recibia,
cuando el poder, sublime abandonando,
olvidado el armiño, se vestia
el humilde sayal, la paz gozando.
Mas grande sin el cetro parecia,
que esos reyes, que viven olvidando,
que es mas noble el honrado y buen pechero
que el vil y mancillado caballero.

XII.

No conquistó coronas ni laureles,
Alfonso el Monje, mas dejó animoso,
del reinar los mundanos oropeles,
y el falso halago del poder; piadoso,
buscó en el claustro amigos puros, fieles,
cual no encuentra en el siglo el poderoso.
Y conociendo ingénuo su flaqueza,
dió al pueblo un bravo rey. ¡Gran fortaleza!

CANTO QUINTO:

ALFONSO V, EL NOBLE,

EL DE LOS BUENOS FUEROS.

(Desde 999 1027.)

I.

¡Llanto, desolacion, terror profundo!
esclavitud y muerte, va sembrando
el terrible Almanzor, génio fecundo,
rayo de Dios, contra el cristiano bando
Él acaudilla el agareno inmundo,
los límites de Córdoba ensanchando
¡En veinte años de guerra, la fortuna,
ni una vez humilló á la media luna!

II.

¡Mira el triste Bermudo, acongojado,
su ciudad de Leon, tan apreciada,
reducida á cenizas; de su estado
no le queda una villa amurallada;
todo, por el alarbe es arrasado;
huyendo los cristianos ¡suerte airada!
en tan horrible, general desmayo,
á lo interior de Asturias, cual Pelayo.

III.

Presa Bermudo de mortal tristeza,
viendo hundirse la fé de sus mayores,
rinde la vida, el pueblo y la nobleza,
vacilan entre dudas y temores.
¿Cómo poner en la infantil cabeza
de Alfonso, la Corona? Los mejores
temen, y con razon, mas el cariño
vence al fin, y es jurado el tierno niño.

IV.

¡Dios ampare á los buenos! Los pendones
avanzan de Almanzor; vedle orgulloso
prevenir á sus bravos campeones,
que no tengan piedad, ¡Cielo piadoso!
¡alienta á los cristianos corazones!
Mas ¿quién ha de oponerse á este coloso?
¿Quién ha de detenerle en su carrera?
¡Del tierno Alfonso, la inmortal bandera!

V.

De Alfonso el nombre, fué para la España
fuente de bien, enseña de victoria.
Cuando el infiel en ella mas se ensaña,
un Alfonso, le humilla con mas gloria.
No hay un Alfonso que con una hazaña
no haya inmortalizado su memoria.
De Almanzor, el arrojo y bizarría,
solo este nombre confundir podia.

VI.

El buen Conde D. Mendo, confiado
en la justicia y proteccion divina,
á la nobleza y pueblo convocado,
á resistir al moro les inclina.
No haya, dice, piedad para el menguado,
que al ver la destruccion, muerte, ruina,
de nuestra pátria y religion sagrada,
se niegue á tomar parte en la jornada.

VII.

Prepárase á la lucha; las legiones
se acercan de Aragon; vienen unidas
á los fuertes navarros escuadrones,
ambas por sus monarcas son regidas;
los tres cuerpos cristianos, cual leones,
juran vencer, ó dar las nobles vidas,
¡Por qué temblar? es *Calatañazor*!
¡*El atambor allí perdió Almanzor*!

VIII.

Muerto Almanzor, recobran los cristianos
cuanto perdido ante el esfuerzo habian
del terrible bagib; tornan ufanos
á habitar sus hogares ; se extasian
volviéndolos á ver ; con prontas manos,
les devuelven al ser que antes tenian.
El noble Alfonso, en tanto infatigable,
puebla á Leon y la hace inespugnable.

IX.

Aprovecha la paz, que los vencidos
sumisos han pedido, y cuidadoso
vuelve sobre los pueblos destruidos
sus miradas, cual padre cariñoso;
levanta templos, muros derruidos,
fortifica, construye, generoso,
un concilio en Leon ha convocado
dó el fuero de este nombre es proclamado.

X.

Repuesto el reino, de los daños graves
que tan terribles guerras produjeron
con las leyes benéficas, suaves,
que al noble rey Alfonso merecieron;
pues del público bien, siempre las llaves
órden y libertad unidas fueron,
recobrado el valor y la esperanza
quiere tomar en el infiel venganza.

XI.

Junta Alfonso las huestes; su elocuencia
inflama del soldado la bravura.
El marcial porte de su real presencia,
á todos la victoria les augura.
Marchan, por fin, no encuentran resistencia,
que aun el pavor en los infieles dura;
recorre la comarca lusitana
triunfando de la turba musulmana.

XII.

Llega á Viseo, plaza guarnecida.
Irrítase por ver que se resiste,
jura morir, ó verla reducida,
y con arrojo y decision la embiste;
aprieta el cerco, y cuando ya rendida
á sus pies va á caer, ¡Ah! suerte triste
¡Cortó de su existencia el frágil lazo,
un mortal y fatídico flechazo!

XIII.

¡Muérte digna de rey y de soldado,
fué la de Alfonso, mas desventurada!
que no murió en combate encarnizado,
ni á su pecho la flecha era lanzada!
Con justicia de todos fué llorado.
La misma turba infiel, vió lastimada
el fin del jóven Rey, de vida lleno,
que el dictado alcanzó de *Noble* y *bueno*.

CANTO SESTO.

ALFONSO VI, EL BRAVO.

(Desde 1072 á 1109.)

I.

¿Quién puede penetrar en los arcanos
que guarda el porvenir? ¿Quién del destino
los decretos sondar?..... ¡Pobres humanos!
Al entrar de la vida en el camino,
tórnanse en humo, nuestros sueños vanos,
las dichas que la mente nos previno,
siendo el soberbio y fuerte posternado!
el modesto y prudente levantado!

II.

Muere el Magno Fernando, y á sus hijos,
quiere igualar en la paterna herencia.
Buen padre, no buen rey, males prolijos
á los pueblos legó su inadvertencia.
Sancho, vé con pesar, los ojos fijos,
su estado repartir y la prudencia
y fraternal amor. dando al olvido,
jura cobrar los tronos que ha perdido.

III.

Al confiado Alfonso, vigoroso
ataca el fiero Sancho, de repente.
A defender su reino, presuroso,
Alfonso de Leon, marcha valiente.
Dáse el combate, vence, y generoso
no sigue Alfonso á Sancho, noblemente.
Sancho juzga temor tanta hidalguía,
torna á lidiar, y triunfa su osadía.

IV.

En un convento Alfonso es encerrado,
del reino de Leon desposeido.
¡Mas su noble constancia no ha menguado
el pesar, ni su pecho entristecido!
Despues de un año, mira realizado,
el plan que su talento ha concebido,
y logrando escapar, es hospedado
por el sábio Almamon, con régio agrado

V.

Allí, en el campo, lejos del bullicio
que la pompa y el mundo nos presenta,
de la caza en el bélico ejercicio,
sus desgracias mitiga; si lamenta
la perdida corona, el recto juicio,
sus pasiones domina y se contenta,
y aprendió, que el amor de los vasallos
es el mejor timon para mandallos.

VI.

Un mensage recibe, y tierno llora
la muerte desastrosa de su hermano,
maldiciendo al infame que en Zamora
su fin causára, con traidora mano.
Agradecido al de Toledo, implora,
para cobrar el cetro castellano
su consejo y favor; ¡Hidalgamente,
Almamon le acompaña con su gente.

VII.

De Castilla, Leon y de Galicia,
rige Alfonso, los pueblos, con nobleza.
Aleja de los pechos la malicia,
á todos seduciendo la grandeza
con que administra por igual justicia;
y el bello proceder, la gentileza,
que usó al cumplir su fé de soberano,
no haciendo guerra al moro toledano.

VIII.

Pero muerto Almamon, sus hijos muertos,
con quien el compromiso contrajera
de perpétua amistad; teniendo abierto
los pasos de la gloria; con ligera,
marcial resolucion, y buen concierto
marcha sobre la fuerte Talavera,
que al verse acometer tan rudamente,
pide la paz al vencedor clemente.

IX.

Prosiguiendo la guerra comenzada,
pone sitio á Escalona, y la conquista.
La villa de *Madrid*, tan celebrada,
temiendo ver al Rey ante su vista,
prepara una defensa porfiada.
Pero ¿hay quién á su arrojo se resista?
Su denuedo es inútil, vano empeño;
¡Alfonso de la villa se hace dueño!

X.

Los moros de Toledo contemplaban,
cual las villas mas fuertes se rendian,
y el momento espantados aguardaban
que Alfonso los cercase; no mentian,
ser agoreros, cuando presagiaban
que en poder de Castilla se verian;
pues las cristianas huestes van llegando,
á la imperial ciudad circunvalando.

XI.

Despues de un cerco largo y obstinado,
no pudiendo esperar ser socorridos,
pues por Alfonso fueron derrotados,
los moros de Sevilla, que atrevidos
vinieron á auxiliar á los sitiados;
los de Toledo, humildes, abatidos,
imploran la piedad del rey cristiano,
que les dá su perdon, noble y humano

XII.

Aterrados los árabes, reclaman
la ayuda de los fieros africanos.
¡Perdidos somos! los santones claman.
¡Quién puede resistir á los cristianos!
¡Nos lanzarán de España, otros esclaman,
si amparo no nos dan nuestros hermanos!
El gran Yussuf en su socorro envia
su terrible, feroz caballería.

XIII.

Cual torrente que arrastra tormentoso
cuanto en el valle opone resistencia
al descender del monte poderoso,
como el rayo, en poder y violencia,
así el fiero africano, rencoroso,
siembra el terror con su fatal presencia.
Haciendo estremecer, con acordalla,
de *Zalaca*, la fúnebre batalla.

XIV.

¡Peró templó el dolor de su memoria
de *Aledo* el triunfo; aun su recuerdo dura!
Allí el almoravid perdió su gloria,
olvidando su fama y su bravura.
Corrió Alfonso, victoria, tras victoria,
la comarca feráz de Estremadura,
rindiendo á Santaren, plaza estimada,
á Ceuta y á Lisboa, celebrada.

XV.

A Salamanca puebla y á Segovia,
con Ávila, Almazan y otros lugares;
dando de su valor prueba notoria,
en luchas y combates singulares.
Pero el fatal destino, que la gloria
no le pudo quitar, negros pesares
guardó al anciano Rey, que en tantos años,
con heróico valor sufrió sus daños.

XVI.

¡Viejo y postrado, pero no abatido,
aun el cetro empuñaba con firmeza,
cuando al pesar su corazon rendido
le hizo inclinar la varonil cabeza!
Su hijo Don Sancho, príncipe querido,
dechado de valor y gentileza,
perdió la vida en la fatal jornada,
que de los Siete Condes, fué llamada,

XVII.

La pérdida del niño lamentando,
fué el tierno padre la salud perdiendo.
No halló consuelo en su dolor infando
la corta edad en que murió, sintiendo.
Vengarse de los árabes pensando
su noble aliento dió; ¡dolor cruendo!
Sus restos fueron á Sahagun llevados,
uo con la pompa, con la pena, honrados.

CANTO SÉTIMO.

ALFONSO VII, EL EMPERADOR.

(Desde 1126 á 1157.)

I.

Era destino de la triste España,
tras un reinado de grandeza y gloria
otro sufrir, que en su furor y saña,
sirviera de borron á nuestra historia.
Así de Urraca, la desdicha estraña
causa dolor y asombra la memoria,
mirarla sin morir, bajar del trono,
del furor popular, al justo encono.

II.

Con gozo general, fué proclamado
Alfonso, la esperanza de Castilla,
que á los nobles rebeldes, esforzado,
reduce á su deber, potente humilla.
Alfonso el de Aragon, mas moderado,
temiendo su valor que tanto brilla,
se retira del reino castellano
dejando libre al nuevo soberano.

III.

Gozando ya en Castilla de bonanza,
los ojos vuelve Alfonso al africano,
que sediento de sangre audaz avanza,
jurando el nombre esterminar cristiano.
Ya el *Tanchi ben Alí*, con gran pujanza
entra por territorio castellano.....
Mas de la noche en la tiniebla oscura
le sorprendió de Alfonso la bravura

IV.

Allí fueron vencidos los valientes
hijos del Sahara; su feroz caudillo
huyó en la oscuridad, sin que sus gentes
le salváran del áspero cuchillo
que su cuello segó; de los *creyentes*
pocos pudieron escapar; decillo
pudo el Rey con verdad, á tal hazaña
debió su salvacion toda la España

V.

Para tomar venganza mas cumplida,
y humillar su arrogante alevosía,
sigue de los vencidos la batida
talando la feraz Andalucía.
Siembra el terror su espada ya temida.
Resistir su valor ¿quién osaria?
Llega junto á Sevilla victorioso,
rinde á Jeréz y á Cádiz valeroso.

VI.

Ya en Castilla pacífico, sereno,
le implora cual señor humildemente
de Zaragoza el jeque sarraceno,
acogiéndole Alfonso noblemente.
Marcha á Aragon; allí es de honores lleno;
su Rey y el de Navarra, juntamente,
le piden su favor, y en homenaje,
como á señor, le rinde vasallaje.

VII.

Viendo Alfonso que él es el soberano,
que más poder y territorio alcanza,
terror del musulman y del cristiano
el solo defensor y la esperanza.
Que tributos al cetro castellano
dan Ramiro y García, sin tardanza
junta en Leon las Córtes del Estado,
y Emperador de España es proclamado.

VIII.

Fenecida la tregua, sus banderas
revuelve contra el árabe, atrevido.
Tala, quema, destruye; de sus heras
los frutos arrebata; el alarido
de los vencidos llega á las postreras
ciudades de su imperio conmovido,
sin que osen los menguados resistirle,
saliendo á campo abierto á combatirle.

IX.

Despues de un sitio largo, ensangrentado,
el castillo de Aurelia, poderoso,
logra rendir; le deja asegurado,
y avanza sobre Coria presuroso;
sorprende la ciudad, y aunque esforzado
la defiende su alcaide valeroso,
ante el heróico empuje de Castilla,
cedió, por fin, la desdichada villa.

X.

No contento de triunfos tan ligeros,
queriendo acometer mayor hazaña,
que su nombre, en los siglos venideros,
haga acordar para honra de la España,
manda juntar los mas fuertes guerreros,
estendiendo su voz á tierra estraña,
dó sus heraldos gritan á porfía,
¡venid á la conquista de Almería!

XI.

Mirad llegar, los Condes soberanos
de Provenza, de Urgel, de Barcelona;
de Génova los libres ciudadanos;
los que ocupan la rica y fertil zona
de Pisa, navegantes italianos;
el Navarro, su corte de Pamplona
deja tambien; y muchos caballeros
acuden, de otros reinos estranjeros.

XII.

Mírase la ciudad circunvalada
de hueste tan guerrera y numerosa,
y del puerto la entrada tan guardada,
por la italiana escuadra poderosa,
que solo, en su denuedo confiada,
cual Numancia y Sagunto, valerosa
piensa hacer resistencia noblemente,
luchando, hasta morir heróicamente

XIII.

¡Cerco tenaz, sangriento! Cada dia
hicieron de su arrojo noble alarde,
ora el moro, que el muro defendia,
ora el cristiano, que en furores arde.
Ya tres meses la plaza resistia,
sin que tanto luchar les acobarde.....
Mas falta de alimentos y de gente,
capituló, por fin, honradamente.

XIV.

Tomada la ciudad, los auxiliares
en galardon, reciben las riquezas
de los vencidos; tornánse á sus lares,
celebrando de Alfonso la grandeza.
Dueño ya de Almería y sus lugares,
á levantarla y repoblarla empieza.
Uniendo á la corona de Castilla
este nuevo floron, que tanto brilla.

XV.

Diez años transcurrieron, sin que osados
los árabes entraran por la tierra
que Alfonso gobernaba, escarmentados
de su poder que tanto les aterra;
por dos veces sus campos asolados
dejó el Emperador, en cruda guerra;
teniendo á raya la tremenda saña
de los conquistadores de la España.

XVI

Mas el Rey de Marruecos, rencoroso,
anhelando vengar tamaña afrenta,
el estrecho cruzando presuroso
rescatar á Almería, osado intenta.
Alfonso se le opone valeroso,
le acomete, y en lid ruda sangrienta;
cual siempre, la morisma horrorizada
huyó ante sus banderas espantada.

XVII.

¡Ah! mayores laureles esperaban
al bravo Emperador. Pero la suerte
no permitió que á término llegaran
sus vastos planes. ¡La terrible muerte
le sorprendió, cuando ébrios celebraban
el triunfo sus soldados! Mal tan fuerte,
trocó de la victoria la alegría,
en plañideros gritos de agonía.

CANTO OCTAVO.

ALFONSO VIII, EL NOBLE.

(Desde 1158 á 1214.)

I.

Los tres años, escasos contaría
el tierno Alfonso, y al subir al trono,
mas bien que Rey esclavo parecia
de los nobles; su nombre era el patrono
dó se amparaba la traicion impía;
reinando el mal, del bien con abandono;
jugando la grandeza una partida
en que el pueblo dejaba honor y vida.

II.

Apenas los tres lustros vió cumplidos,
anhelando cortar tamaños males,
los Estados, en Córtes reunidos,
le entregan el gobierno; los parciales
de los inquietos bandos, repentidos
ofrecen á sus pies serle leales;
viéndose con la paz restablecida,
cobrar la monarquía nueva vida.

III

Ansioso de probar á sus vasallos
que aunque jóven, le sobra el ardimiento
de principiar con gloria á gobernallos
y mostrar su valor y su talento.
Junta un buen golpe de hombres y caballos,
vá sobre Cuenca, que aunque en firme asiento
tras nueve meses de terrible asedio,
cedió, de resistir no hallando medio.

IV.

Despues de sujetar otros lugares
dependientes de Cuenca, su presencia
vuelve á la córte, y casos singulares,
manda con acertada inteligencia.
Llama gentes, repuebla los lugares
y alza la iglesia insigne de Palencia.
Funda en Búrgos despues el real convento,
de las Huelgas, soberbio munumento.

V.

Cuidando porque el bien y la riqueza
crezcan del reino, al par que el poderío,
repuebla á Santander con gran presteza
por su gran posicion; su heróico brio.
La fortifica con marcial destreza,
para llave tener del mar bravío;
construye buenos muelles á su puerto,
dó una escuadra esté libre y á cubierto.

VI.

No olvidando la guerra, éntrase airado
por el rico vergel de Andalucía.
Tala, quema lugares, mal su grado,
sin que osen resistirle; su osadía
le lleva hasta Algeciras; su reinado
quiere hacer inmortal, y desafía
para mostrar al mundo su valor,
de Marruecos, al fuerte Emperador.

VII.

Como el bravo leon enfurecido,
ruge al verse acosado en su guarida,
así brama el alarbe resentido,
de la injuriosa carta recibida.
Cruza el Estrecho, ciego, enardecido,
avanza hácia Castilla estremecida,
y halla en *Alarcos*, con escasa gente
al que en retarle fué tan imprudente.

VIII.

¡Jornada infausta! ¡Llanto, horrible duelo,
sembró en Castilla tan aciago dia!
¡Sangriento lago, semejaba el suelo!
Tanta cristiana sangre allí corría!
¡Lágrimas de vergüenza y desconsuelo,
el triste Alfonso, á su pesar vertia,
cuando volvió á Toledo el desdichado,
sin gente, fugitivo, derrotado!

IX.

¡Pobre Rey! De cristiano el ardimiento,
le hizo retar al árabe; su arrojo
caro pagó, y estraño atrevimiento,
quedando el campo con su sangre rojo.
Mas aumentó su atroz remordimiento,
de su antigua prudencia por sonrojo.
no querer esperar en aquel dia
al de Leon, que en su favor venia.

X.

Ya repuesto de gentes y pertrechos,
organizado un cuerpo numeroso,
principió ansiando dar á nobles hechos,
que venguen su derrota, valeroso
vá contra el moro, en sus inmundos pechos
saciar quiere su acero, rencoroso.
¡Mas, ay, dó vás, monarca castellano!
¡cómo has de resistir al africano!

XI.

¡Sálvate! ¡Oh, Rey! Así los corredores
que acaban de llegar, temblando claman:
¡Perdidos de Jesus, los servidores
son esta vez, con triste voz esclaman!
¡Mas de doscientos mil, los voladores
moros caballos son, y los que aclaman
infantes á Jacob, aun sin contallos,
triple número son, que el de caballos!

XII.

¡Ciertas las nuevas son; el agareno,
llamando á los creyentes á la guerra,
con poderoso empuje, de ira lleno,
cruza el Estrecho, avanza á nuestra tierra!
¡Cuál en Alarcos, dice, el nazareno,
nuestro esclavo será; y al orbe aterra,
viendo *quinientos mil* mahometanos,
la suerte que amenaza á los cristianos.

XIII.

¡Tiembla la religion! El Padre Santo,
predica en Roma general Cruzada.
¡Tal número de infieles, el espanto
causa á la cristiandad amedrantada!
¡Todos imploran en conflicto tanto
al santo Apostol; pues la tal jornada,
como en el *Guadalete*, de igual suerte
será de España, salvacion ó muerte!

XIV.

A la voz del Pontífice Romano,
acuden con aliento belicoso,
obispos, caballeros; no hay cristiano
que no vuele á Castilla presuroso.
De Venevento, el conde soberano,
llega, y el de Turena generoso.
Siendo entre tropas, nobles, caballeros,
mas de cuarenta mil los estranjeros.

XV.

Vénse brillar sin número pendones
en la imperial ciudad, dó reunidas
las fuerzas han de ser. Con sus varones
llega el *Rey de Aragon*. Son escogidas
sus gentes, vive Dios. Los escuadrones
de las comunidades reunidas
de *Soria*, de *Toledo* y de *Madrid*,
vienen ansiosos de trabar la lid.

XVI.

Trocando el pectoral por la coraza,
vénse allí, á los obispos de *Palencia*,
de *Sigüenza*, *Toledo*; no embaraza
al de *Avila* su edad, ni al de *Plasencia*
que cual un jóven su lanzon embraza
ansioso de luchar. La concurrencia
es aun mayor..... mirad, son *los Templarios*,
Santiago, *Calatrava*, *Hospitalarios*.

XVII.

Parten, por fin, la fuerte Calatrava
rinden y á Malagon. Los estranjeros,
gente sin disciplina, ley, ni traba,
comete innumerables desafueros.
Sigue la marcha Alfonso; y aunque brava
la legion auxiliar de aventureros,
olvidando su honor, con mengua estraña,
abandonó el ejército y la España!

XVIII.

No quitó la esperanza su partida,
ni se abatió el valor de los soldados;
dispuestos todos á perder la vida,
en el supremo juez esperanzados.
Su confianza en Dios, no fué fallida,
pues se vieron de nuevo reforzados,
por el *Navarro*. Así de la victoria,
sola España ganó, la inmensa gloria

XIX.

Avanzan los cristianos por lo estrecho
que á la Sierra-Morena dá la entrada;
su peligro es mortal; á corto trecho
se encuentra la morisma preparada;
pueden ser derrotados. De despecho
lanza Alfonso furioso una mirada.....
mas se arrepiente, y al señor acude,
y Dios le manda un santo que le ayude.

XX.

Se aparece un pastor y le acompaña
por sendas, que ninguno conocia,
haciéndoles subir á la montaña,
con general asombro y alegría.
Nadie á verle volvió; su forma estraña
con misteriosa luz resplandecia.....
subsistiendo aun la fé, pura, sincera,
que *el santo labrador Isidro,* era.

XXI.

En el terrible trance que aguardaban
todos se prepararon ; de igual suerte
que el soldado, los reyes confesaban;
pues iban á arrostrar todos la muerte.
A cumplir con valor les exhortaban
los prelados y jefes ¡El mas fuerte,
juzga el favor de Dios, la mejor malla,
para guardar su pecho en la batalla!

XXII.

Amaneció, por fin, el nuevo dia,
de Julio diez y seis, grande y fecundo!
Con su memoria al orbe asombraria;
pues combate mayor, no ha visto el mundo.
El árabe á la lid se prevenia.....
Y el cristiano, en silencio el mas profundo,
escucha de su Rey, las instrucciones,
y reza las postreras oraciones.

XXIII.

Suena el clarin, comienza la batalla;
mézclanse los diversos escuadrones;
rompen las lanzas la ferrada malla;
huyen sin sus ginetes los bridones;
oponen á los nuestros ruda valla
las arrojadas, bárbaras legiones.....
y tantos son en número y fiereza
que el cristiano á cejar cansado empieza.

XXIV.

Lánzase el Rey Alfonso, en la pelea,
y el órden restablece brevemente;
ninguno que lidiar allí le vea,
duda de la victoria: tenazmente
se resiste la bárbara ralea;
pero su su esfuerzo es vano é impotente,
pues el Rey valeroso de Aragon,
vá sembrando la muerte y dispersion.

XXV.

Del *Miramamolin*, la rica tienda,
diez mil negros, con grillos amarrados,
guardan feroces; de la lid horrenda
por triple muro vénse resguardados
de cadenas de hierro; en la contienda
invencibles se juzgan..... ¡Desgraciados!
El Rey navarro, la cadena fuerte,
rompió con brazo audaz y feliz suerte.

XXVI.

Viéronse huir entonces, desmandados,
cual de palomas, tímida bandada,
del halcon perseguida, á los osados,
que juzgaban la España conquistada.
¡No hubo piedad! al filo atravesados,
murieron en tan célebre jornada
¡mas de *doscientos mil*! La media luna,
perdió gloria, poder, honra y fortuna.

XXVII.

¡Al enemigo en pos de la victoria
persigue activo Alfonso, y se apodera,
de Ubeda, de Baeza. La memoria,
olvida cuantas villas redujera
en esta espedicion. Lleno de gloria,
volvió á Toledo, dó con fe sincera,
instituyó la fiesta religiosa,
del *Triunfo de la Cruz* maravillosa.

XXVIII.

Aun no estaban los moros recobrados
del pavor, que en sus pechos produjera
la *rota de las Navas*, y aterrados,
ven ondear de nuevo la bandera
del inmortal Alfonso; arrebatados,
huyen cuando atraviesa la frontera;
rindiendo el Rey en tala tan feliz
á las villas de Dueñas y Alcañiz.

XXIX.

Cuando Castilla mas regocijada,
gloria y prosperidad se prometia,
pues el Rey, si de edad algo avanzada,
aun vigoroso y fuerte se sentia,
le arrebató la muerte despiadada,
llenando de dolor la monarquía!
¡Con regia pompa su memoria honraron,
y en las Huelgas su cuerpo sepultaron,

CANTO NOVENO.

ALFONSO IX, EL JUSTO.

(Desde 1188 á 1230.)

I.

Muerto el Rey de Leon, Fernando, aclaman
las Córtes por monarca á su heredero.
De su destierro con placer le llaman,
unánimes, nobleza, pueblo y clero.
El cetro sus hermanas le reclaman.... .
mas de Alfonso el derecho verdadero
es tan justo, que nadie, cumplimiento
quiso dar, de su padre al testamento,

II.

Preséntase en la córte castellana,
y es por su primo armado caballero.
No es su visita farsa cortesana,
pues ajusta un tratado lisonjero
de paz y de amistad. Su edad temprana
necesita un amigo y consejero,
y halla en su primo Alfonso, su esperanza,
sin mezquino interés, franca alianza.

III.

Ansioso de probar á los infieles,
que del Emperador es digno nieto,
y ganoso de gloria y de laureles,
convoca sus banderas en secreto;
toma el fuerte de Alcántara, y los fieles
freires de Calatrava, que el conceto
merecen de guerreros esforzados,
quedan de su custodia encomendados.

IV.

Tala y quema la rica Estremadura.
combinado con fuerzas de Castilla,
y llenando á los moros de pavura,
avanza hasta las puertas de Sevilla.
Volver atrás le manda la cordura,
pues ya la nieve de diciembre brilla.....
Mas no es la retirada tan ligera.....
de Cáceres al paso se apodera.

V.

El bravo Beni-hud, fuerte guerrero,
entra por los Estados leoneses.....
Invencible se juzga el altanero,
desprecia de la muerte los reveses.
Audaz en atacar, su ojo certero,
piensa cazar cristianos como reses.....
¡Pero su orgullo nécio vió humillado,
siendo por Don Alfonso derrotado.

VI.

Tras los muros de Mérida amparados,
hacen los moros espantosa guerra,
robando las mujeres, los ganados.....
cuanto hallan indefenso en nuestra tierra.
No pueden en combate ser domados,
que huyen á lo escabroso de la sierra.....
Jura venganza el Rey tomar cumplida,
quitando á los villanos su guarida.

VII.

Sitia la plaza, y aunque resistencia
quieren hacer los árabes, su aliento
se debilita al ver la diligencia
con que del muro minan el cimiento.
Las máquinas que ven en su presencia
son de tanto poder y valimiento,
que en la parte del fuerte que una aferra,
á escombros reducido viene á tierra.

VIII.

Cansados de luchar, sin esperanza
de verse por los suyos socorridos;
imploran del monarca, la alianza,
queriendo ser vasallos, no rendidos.
El enojo del Rey templar no alcanza,
su ruego, hasta mirarlos reducidos.....
Por fin, sin condicion, ni resistencia,
se entregaron á sola su clemencia.

IX.

Ya de avanzada edad, un voto santo
resolviendo cumplir, parte piadoso,
sin ver de su salud todo el quebranto,
del santo Apostol al altar glorioso.
La fatiga y dolencia pueden tanto,
que en un lecho le postran doloroso.
Donde con fé, que el Cielo le asegura,
dejó este mundo por mansion mas pura.

CANTO DÉCIMO.

ALFONSO X, EL SABIO.

(Desde 1252 á 1284.)

I.

No tan solo en el campo de batalla,
ganan los reyes gloria, alto renombre.
No solo el que se viste con la malla,
puede tan grande ser que al mundo asombre.
El ruido que produce la metralla,
grava en la historia de una fecha el nombre ....
La gloria que se adquiere con la espada,
es con el tiempo en el olvido echada.

II.

Mas brilla, con el tiempo y la distancia,
la que el talento y el estudio unidos,
cual rico aroma, esparcen su fragancia,
en mapas y en infolios, repartidos.
La que destierra el mal, y la ignorancia,
que abarca á vencedores y vencidos.....
La que por medio de cristianas leyes,
iguala á los vasallos y los reyes.

III.

Alfonso Diez, *el Sabio*, *el Noble*, *el Bueno*
tal gloria mereció; pero su suerte
le hizo nacer de amor, de ciencia lleno,
en un siglo de lucha, horror y muerte.
Se adelantó á su tiempo, y el veneno
mató su corazon. A mal tan fuerte....
Cómo habré de decir..... tiembla mi labio
sucumbió sin ser rey, un rey tan sabio.

IV.

No por ser sabio desdeñó la espada,
que heredando el valor de sus mayores,
dejó en varios combates asentada
su bravura; saliendo vencedores
sus pendones en mas de una jornada,
conquistando á los árabes traidores
las plazas de Jeréz, Arcos, Medina;
causando de Lebrija la ruina.

V.

¡Rinde á Niebla! castillo inespugnable,
despues de un sitio horrible, enardecido.
Su escuadra, numerosa, formidable,
vá sobre Cádiz ¡Pueblo envilecido!....
Sin combatir, se entrega el miserable.
¡Reduce al granadino, que atrevido,
negaba los tributos á Castilla!
Alza la Atarazana de Sevilla.

VI.

Heredero del Santo Rey Fernando,
dueño de un reino grande, poderoso,
su fama, por el mundo fué volando,
de sabio, de clemente y dadivoso.
Los electores del Imperio, ansiando
ser regidos por hombre tan piadoso,
Rey de romanos, sin dudar le aclaman,
y al imperio aleman luego le llaman.

VII.

¡Digno era de tal honra, el que escribia
las *Cantigas*, *Querellas* y *Loores*!
El que códigos tales concebia,
como el *Fuero* y *Partidas*. ¡Qué de horrores
la historia de su patria limpiaria,
enseñando á otros célebres autores!
¡El que escribió las páginas divinas,
del *Tesoro* y las *Tablas Alfonsinas*!

VIII.

¡Digno era de tal honra; mas el Cielo
le guardaba pesares, agonías!.....
Cuando á buscar marchaba con anhelo
la corona imperial..... sus alegrías
trocáronse en dolor, en llanto y duelo.
¡A qué vivir en tan menguados dias!
El Príncipe Fernando..... ¡Triste suerte!
Su heredero, murió. ¡Funesta muerte!

IX.

Bandos, conspiraciones, asechanzas,
turbaron el reposo de Castilla.
Los nobles de medrar con esperanzas
lánzanse por do quier; do quiera brilla
la antorcha de ambicion y de venganzas.
Cunde de la traicion la vil semilla.....
Acude el Rey, los nobles rebelados,
pásanse al moro de temor guiados.

X.

El emir granadino, infiel, cobarde.
despreciando los pactos celebrados,
haciendo de su infamia necio alarde,
favorece á los nobles conjurados.
No hay daño ni maldad que al Rey no aguarde;
hasta sus propios hijos, olvidados,
que como á padre y Rey le deben honra,
le abandonan, labrando su deshonra.

XI.

Sancho, que el nombre mereció de *Bravo*,
y es por él, conocido en nuestra historia,
del respeto filial con menoscabo
y olvidando el fraterno su memoria,
fué el motor principal, pues logró al cabo,
aunque manchando su futura gloria,
usurpando el derecho de su hermano,
despojar de su cetro al padre anciano.

XII.

Cansado de luchar con la fortuna;
desengañado de la dicha humana;
viendo desvanecidas una á una,
cuanta ilusion forjó con ansia vana;
rey con tantas coronas, sin ninguna,
perdida la imperial, sacra, romana.....
á tanto padecer, á mal tan fuerte,
su espíritu cedió y ansió la muerte.

XIII.

Los hijos, aunque tarde, arrepentidos,
cercan el lecho donde el padre anciano
padece; sus semblantes afligidos
demuestran el pesar; la noble mano
besan del sabio Rey, que con sentidos
acentos, como padre y rey cristiano,
viendo que se arrepienten, cariñoso
les bendice y espira venturoso.

CANTO UNDÉCIMO.

ALFONSO XI, EL JUSTICIERO

(Desde 1312 á 1350.)

I.

Nunca un reino se halló tan abatido
cual Castilla, al subir Alfonso al trono,
tierno niño de un año no cumplido.
Los nobles entre sí, con fiero encono
luchaban por do quier, dando al olvido
el derecho y la ley; tal abandono
hizo emigrar las gentes aterradas,
quedando muchas villas despobladas.

II.

Cumplió al fin el monarca quince años
y la nacion en Córtes reunida,
anhelando cortar tan graves daños,
aunque la edad del Rey no muy crecida,
burlando de los grandes los amaños,
proclama la regencia fenecida.
No engañó de los buenos la esperanza,
que á todos con la ley el Rey alcanza.

III.

Justiciando imparcial, pero severo,
recorre las provincias principales
el monarca; le aplaude el pueblo entero,
viendo remedia sus antiguos males;
el señor de pendon mas altanero,
tiembla ante el niño Rey; todos iguales
le aclaman en Sevilla; su llegada
hace temblar al moro de Granada.

IV.

Dá principio á la guerra sarracena
conquistando Ayamonte, Olvera y Pruna:
Teba se rinde, y la elevada almena
de la Torre Alfaquin. La media luna
le vé avanzar de sobresalto llena.....
Su escuadra les derrota; tal fortuna
obliga al granadino miserable,
á demandar la paz mas despreciable.

V.

Mas ingrato al favor que ha recibido,
el infiel vengativo, pide ansioso
socorro al berberisco, que atrevido
atraviesa el Estrecho presuroso
y sitia á Gibraltar; mal defendido
se rinde á su poder; corre animoso
á recobrarle un cuerpo castellano;
pero su arrojo, su denuedo es vano.

VI.

Manda los berberiscos, el valiente
príncipe Abdel-Melik, fuerte guerrero,
que con su triunfo henchido neciamente,
marcha sobre Jeréz, donde altanero
piensa otro Muza ser; pero clemente
el Dios de los cristianos, justiciero,
decidió por los buenos la partida,
perdiendo Abdel-Melik batalla y vida.

VII.

Furioso Abul-Hassan, jura venganza
á la muerte de Abdel, su hijo querido.
A su voz poderosa al mar se lanza
una terrible escuadra: estremecido
la mira el pueblo fiel: no hay esperanza
contra tanta morisma: enardecido
el Almirante Jofre, sin contarlos,
dá la voz á los suyos de atacarlos.

VIII.

¡Fatal recuerdo! Lucha encarnizada
se trabó entre la escuadra poderosa
del africano emir, y la mandada
por el bravo Tenorio: valerosa
es la cristiana gente, mas cercada,
solo puede lograr muerte gloriosa.
Que eran treinta las velas castellanas
y doscientas las naves africanas.

IX.

Cual torrente en invierno desbordado,
que arrasa el valle y la pradera inunda,
así el terrible Hassan, arrebatado,
arroja á España su caterva inmunda:
el paso del Estrecho franqueado,
sin que un solo bagel temor le infunda,
pudo desembarcar, de gente estraña
mas de trescientos mil. ¡Ay, pobre España!

X.

Marcha sobre Tarifa el agareno
creyendo conquistarla fácilmente,
mientras Alfonso, de temor ageno,
arma y prepara la cristiana gente;
con la fé puesta en Dios, obra sereno,
cual debe un capitan sabio y prudente.
Pide al de Portugal venga en su ayuda,
y al Papa, con sus preces que le acuda.

XI.

Los de Tarifa en tanto fatigados,
mas tiempo resistir ya no podian:
de Alfonso en la palabra esperanzados
prodigios de valor y esfuerzo hacian:
de imitar á *Guzman* todos preciados,
la muerte con arrojo desafian.....
Por fin, en su favor Alfonso llega,
trabándose feroz, mortal refriega.

XII.

Eran los berberiscos escuadrones
gente brava y esperta en la pelea,
manejando las armas y bridones
cual no puede formarse humana idea;
pero los castellanos corazones
acometiendo á la feroz ralea,
su número no ven, ni su bravura;
su fé en Jesus el triunfo les augura.

XIV.

Feridlos, dijo el Rey, de la batalla
en lo mas recio, *yo soy de Castilla*
el Rey, y *ha de ver hoy esa canalla*
quien su audacia y poder al suelo humilla.
Un hurra de furor al punto estalla,
con siniestro fulgor el hierro brilla,
y á los gritos de España y de Santiago
auméntase el valor, crece el estrago.

XIV.

Temen algunos, y la espalda vuelven
al mirar la morisma numerosa;
de sus obligaciones desatienden
con accion tan cobarde, ignominiosa:
míralo el Rey, de cólera se encienden
sus megillas, y esclama con briosa
y levantada voz..... Sus, caballeros,
los buenos que me sigan los primeros.

XV.

Se lanza en lo más recio del combate
y en pos de él los mejores que allí habia:
de entusiasmo y furor su pecho late
cuando se ceba en la caterva impía;
su arrogancia y poder por fin abate,
y cuando de su campo Hassan huia,
el rey de Portugal, con fuerte espada,
tomaba el suyo al moro de Granada.

XVI.

Viéronse huir entonces dispersados,
al ver á sus monarcas perseguidos,
de Mahoma á los míseros soldados,
buscando salvacion; despavoridos.
cruzan el monte, tristes, desalados,
ó en el agua se arrojan atrevidos
por libertar sus vidas..... mas en vano,
todo perece al filo del cristiano.

XVII.

¡Quién puede calcular los que murieron
en esta insigne y singular victoria!
Mas de *doscientos mil*, allí perdieron
su triste vida. El Rey, lleno de gloria,
repartió los despojos que cogieron;
y agradecida al Papa, su memoria,
le mandó, cual presente soberano,
la bandera y bridon del africano.

XVIII.

Hassan huyó á Marruecos humillado,
y á encerrarse Yussuf, corrió á Granada:
tan grande fué la rota del *Salado*,
aun por los españoles celebrada:
ganó Alfonso renombre de esforzado,
quedando la morisma tan postrada,
que Alcalá, Priego y Rute, mal seguros,
se rindieron al verle ante sus muros.

XIX.

Pensando Alfonso, en sus profundas miras,
cerrar al moro, el paso del Estrecho,
mirando en Gibraltar y en Algeciras
las llaves de aquel mar, su noble pecho
sintió encenderse con cristianas iras,
y ansiando dar á España honra y provecho,
combinado su plan, junta su gente,
cayó sobre Algeciras prontamente.

XX.

Era fuerte la plaza, y se encontraba
con mucha gente y bien abastecida;
mas nada al bravo Alfonso amedrentaba
su gloria viendo allí comprometida;
esta ocasion el cielo le guardaba
para que el mundo viera la medida
de su valor, constancia, sufrimiento,
cristiano corazon y gran talento.

XXI.

Veinte meses duró la insigne hazaña,
que admira recordada todavía
¡Veinte meses! ¡Sufriendo una campaña
de horribles lluvias ó calor impía!
¡Sin dinero! ¡Sin pan! La gente estraña
le abandonó con torpe cobardía.....
pero su fé, su arrojo y entereza
conquistaron por fin la fortaleza.

XXII.

En tanto que descansan los soldados
de jornada tan larga, cuidadoso
del bien de sus vasallos, los Estados
convoca en Alcalá, donde el glorioso
Código, que tal nombre ha conservado,
se discute y publica, y el famoso
de las *Partidas* que su abuelo hiciera,
acatado es cual ley por vez primera.

XXIII.

Del reino los negocios ordenados
y sus tropas de todo abastecidas,
teniendo nuevos buques preparados
que cierren el Estrecho, las salidas
estorben de la plaza, y que auxiliados
puedan de fuera ser; ya prevenidas
máquinas, herramientas, municiones,
fué sobre Gibraltar con sus legiones.

XXIV.

Pero el Señor no quiso la ventura
de vencer concederle : llanto y duelo
esperaba á Castilla, la amargura
en vez del triunfo: su cristiano celo
despreció con valor la peste impura
que sembraba de víctimas el suelo,
sucumbiendo por fin..... ¡Triste memoria!
sin alcanzar primero la victoria.

XXV.

Percíbese en el campo de repente
rumor confuso y lastimero llanto:
los moros que lo advierten, prontamente
corren al muro con horrible espanto:
juzgan que su peligro es inminente,
de Alfonso, temen el arrojo tanto;
y escuchan asombrados, que han perdido,
los cristianos, su rey tan bien querido.

XXVI.

Es el valor de todos estimado,
y los bravos caudillos agarenos,
al saber el suceso desgraciado
su fin lamentan, de rencor agenos.
Al ver partir el féretro escoltado,
salen y le acompañan como buenos;
rindiendo á su enemigo este tributo
y vistiendo por él sincero luto.

XXVII.

Así murió el llamado Justiciero,
Alfonso Onceno, de glorioso nombre
Legislador, *soldado*, *caballero*,
legando á nuestra pátria un gran renombre.
No le lloró tan solo el pueblo ibero,
pues para que á la historia mas asombre
mas que pueblos y príncipes cristianos,
le lloraron los fieros africanos.

CANTO DUODÉCIMO.

ISABEL I, LA CATOLICA.

(Desde 1474 á 1504.)

I.

Dáme temor y fáltame el aliento
para cantar la noble soberana
que cual iris de paz, vida y contento
tornó á la pobre pátria castellana.
¡Ella infundió á los bravos ardimiento!
¡Ella volvió á encender la fé cristiana!
A su mágica voz todo se humilla,
y do quier la virtud, el saber brilla.

II.

Para cantar el nombre bendecido
de la augusta Isabel, que victoriosa,
á sus plantas miró triste y rendido
el poder musulman. ¡Reina gloriosa,
gozó del triunfo y perdonó al vencido!
¡Sublime caridad, del bien ganosa,
magnánima, benéfica, sencilla!
¡Tan grande fué la Reina de Castilla!

III.

Para cantar á la inmortal matrona
que con mano potente y noble brio,
empuñó el cetro, y á su real corona
la dió doble valor y poderío.
La que unió á la hermosura en la persona,
el pudor y modestia, sin desvío.
La que sacó á Castilla envilecida,
del cieno en que viviera adormecida.

IV.

Débil Enrique Cuarto de Castilla:
Rey sin poder, decoro, ni firmeza:
cercado de una torpe camarilla:
ultrajado del pueblo y la nobleza:
si se sostuvo sobre su real silla,
lo debió de Isabel á la grandeza,
que no quiso aceptar heróicamente
el trono de su hermano el impotente.

V.

Mas aunque el cetro no aceptó su mano.
fué del Reino jurada la heredera,
con esclusion de la hija de su hermano,
que por ley natural reinar debiera;
pero el altivo pueblo castellano
prefirió que Isabel su reina fuera;
perdiendo Juana el trono de su padre,
por la loca imprudencia de su madre.

VI.

Príncipes y monarcas, á porfía
solicitaban de Isabel la mano,
que era prenda por Dios de gran valía;
pues á mas de su ingénio soberano,
un trono con el tiempo hereditaria,
y era hermosa sin par. Con juicio sano,
mirando por su amor y por Castilla,
dió su mano al Monarca de Sicilia.

VII.

A la muerte de Enrique, es aclamada
con júbilo por nobles y pecheros;
pero la Infanta Juana, desposada
con el Rey portugués, sus régios fueros,
queriendo hacer valer, con gente armada
entra en Castilla: sus arranques fieros
contiene de Isabel el bravo esposo,
logrando un triunfo breve y provechoso.

VIII.

En paz con Portugal, los soberanos
heredan de Aragon la monarquía;
mirando unidas en sus reales manos
las mayores coronas que tenia
la España de católicos cristianos.
Ambos pueblos, con plácida alegría
la union celebran cual presagio bueno.
Tembló al saberla el pueblo sarraceno.

IX.

Estando ya Castilla sosegada;
puesto remedio el desconcierto horrible
del anterior reinado, su mirada
volvió Isabel al moro aborrecible,
por quien fuera la España esclavizada;
y viendo que vencerlo la es posible,
buscaba la ocasion con noble anhelo,
para lanzarle del hispano suelo.

X.

El Señor, que sus votos escuchaba,
dió á los moros el grande atrevimiento
de quebrantar la tregua que aun duraba,
cegando su menguado entendimiento.
Muley-Hacen, que á la sazon reinaba,
sobre *Zahara* cayó: su fiero intento
el triunfó coronó , la plaza fuerte
cedió al ser sorprendida de tal suerte.

XI.

El granadino pueblo, entusiasmado,
con general aplauso el triunfo aclama;
solo un viejo *santon* llora inspirado
de la guerra al mirar la primer llama.
Caerá Granada, dice, y aterrado
escucha el pueblo, que á la fuerte *Alhama*
con estraño valor ha sorprendido,
de Cádiz el Marqués esclarecido.

XII.

Declarada la guerra , presurosos
los andaluces, bravos caballeros,
sin aguardar refuerzos, animosos,
con impensado ardor entran ligeros
de Málaga en la Sierra : cautelosos
los moros, como tigres carniceros
aguardan emboscados..... ¡Triste dia!
¡Desastre horrible el que hubo en la *Ajarquia*!

XIII.

Templó de los cristianos la honda pena,
el combate á los árabes ganado
bajo los fuertes muros de Lucena,
dó su rey Boabdil fué aprisionado.
Se estremece la tierra sarracena
viendo el fuerte de Zahara recobrado.
Vá el Rey á *Sotenil* y le conquista.
A *Cártama* y *Coin*!.... No hay quien resista

XIV.

Avanzando la guerra, los infieles
viendo do quier su tierra en sangre roja,
buscan la salvacion en sus corceles
sin poderla encontrar. Ya desaloja
la Reina, con sus nobles y donceles
al moro, de *Jaen*, *Baena* y *Loja*.....
Ya por *Mocbin* el agareno llora.
por *Illora*, por *Ronda* y por *Alora*.

XV.

Velez resiste, altiva, temeraria;
mas su osado teson al fin se abate.
En la confusa lid, revuelta y varia
pudo el Rey perecer, que en el combate
se arroja sin temor; mas la plegaria
le salvó de la Reina: tierno late
su corazon, al ver que se ha salvado,
y á *Huescar* y á *Baeza* ha conquistado.

XVI.

Málaga altiva, fuerte, amurallada,
defendida por gruesos torreones,
del mar en las orillas asentada,
emporio de las árabes naciones,
con una guarnicion entusiasmada,
regida por valientes campeones,
vé con desdén que ante sus muros brilla
el pendon de Aragon y de Castilla.

XVII.

El zegrí Hamet, caudillo endurecido,
defiende la ciudad: ruge furioso
oyendo de su pueblo el alarido.
que clama por la paz: lanza en el foso
al que hacer tal propuesta es atrevido:
calla el pueblo al mirarle, temeroso;
y al ver que Hamet con muertes amenaza
todos resuelven defender la plaza.

XVIII.

De Isabel la llegada, el ardimiento
aumenta en los cristianos corazones:
olvidan al mirarla el sufrimiento,
y del cerco las duras privaciones.
Fanático un *santon*, con fiero intento
logró entrar en los régios pabellones.....
mas de los Reyes las preciosas vidas
salvó Dios, de sus manos regicidas.

XIX.

Tres meses de combates y de horrores,
resistió la ciudad; mas destruidas
sus defensas, los tristes pobladores,
las esperanzas viendo ya perdidas
de recibir socorro, embajadores
mandan para pedir hacienda y vidas;
pero al saber que es vano cuanto ruegan.
á la merced del vencedor se entregan.

XX.

Baza, grande ciudad, fuerte y hermosa,
asentada en un valle rico, ameno,
sin Granada, la joya mas preciosa
que guardaba orgulloso el sarraceno,
con guarnicion valiente, numerosa,
con un alcaide intrépido y sereno,
vé que, sus muros van circunvalando
con numerosa hueste, el Rey Fernando.

XXI.

No intimida al alarbe la bravura
del aguerrido ejército cristiano,
ni de su artillería lo segura,
ni el talento y vigor del soberano
que el sitio manda: osado se aventura
en salidas de arrojo sobrehumano:
confian que de otoño los rigores
les libre de los fieros sitiadores.

XXII.

Vino el otoño: entonces los sitiados
se asombraron al ver los sufrimientos
de los fuertes caudillos y soldados
del ejército fiel: los elementos
en huracanes y aguas desatados
les quitaron abrigo y alimentos;
pero antes que el desmayo allí cundiera,
llegó Isabel, intrépida y ligera.

XXIII.

¿Qué mágico poder lleva consigo
la noble Reina? Sola su presencia
calma el furor del árabe enemigo,
sin que piense ya mas en resistencia.
De su bondad prendado, cual amigo,
aspirando á su real benevolencia,
el príncipe Cid-Hiaya, alcaide en Baza,
firmó el concierto y se rindió la plaza.

XXIV.

Vencido el rey Zagal á las razones
del príncipe Cid-Hiaya, y temeroso
de que sufran sus ricas poblaciones
el castigo de Málaga espantoso,
quiso mejor, con buenas condiciones
entregarse al dominio bondadoso
de la augusta Isabel, y noblemente
la rindió villas, plazas, tierra y gente.

XXV.

Ondeó la bandera castellana
de *Almería* y *Guadix* en las almenas,
donde llegó la nueva soberana
á recibir el homenage; llenas
se encontraban las calles y ventanas
de los nobles y damas agarenas,
ansiosos de aclamarla. De mil modos
su contento y amor mostraron todos.

XXVI.

Solo quedaba de la heróica España
en poder de los hijos de Mahoma,
la soberbia ciudad que el Darro baña
y el Genil acaricia. La paloma,
que se asienta del Elvira en la montaña.
La que embalsaman con su puro aroma
bosques de azahar y delicadas flores,
donde cantan su amor los ruiseñores.

XXVII.

Bella ciudad del árabe querida,
mas que la antigua Córdoba famosa.
¡Maravillosa Eden! donde la vida
pasa cual soñolencia vagarosa....
El amor, el placer, allí se anida.....
Allí es mas que mujer la que es hermosa
Allí el moro soñó desvanecido,
la hurí y el paraiso prometido.

XXVIII.

Llenos de ardor los nobles de *Granada*,
reciben de los Reyes el mensaje,
en que piden la entrega concertada
con su rey Boadil Cual fiero ultrage
escuchan de Castilla la embajada;
hierven sus bravos pechos de corage.....
Y antes juran perder todos la vida,
que ver su hermosa pátria sometida.

XXIX.

Los católicos Reyes que esperaban
esta resolucion, ya prevenidos,
su numeroso ejército guiaban
para sitiar la plaza: decididos
en la vega sus reales asentaban,
con fosos y estacadas defendidos,
la ciudad bloqueando de manera
que nada pueda recibir de fuera.

XXX.

No asustaba á los moros obstinados
el poder de Castilla; su esperanza,
no menguaba por verse abandonados
sin aguardar socorro: su pujanza,
tener trescientos mil hombres armados
les inspira valor, y confianza
el verse por sus muros defendidos,
con mas de tres mil torres guarnecidos.

XXXI.

Los bravos de ambos campos, á porfía,
llevados del rencor que en todos arde,
en combates parciales cada dia
su arrojo muestran: ora en fiero alarde
arrastra un moro el nombre de *María*,
pagando con la vida, tan cobarde
grande profanacion: ora en Granada
entra Pulgar..... ¡Hazaña celebrada!

XXXII.

Un terrible suceso, la alegria
devolvió y la esperanza á los sitiados:
los reales de Isabel, en solo un dia
consumieron las llamas: consolados,
pensaban que en su empeño cesaria
Isabel; pero vieron asombrados
levantar en tres meses ¡gran portento!
una ciudad, en vez del campamento.

XXXIII.

Ya no quedó á los moros duda alguna
del triste fin que estaba reservado
á su hermosa ciudad. La media luna
su poder en España vió acabado.
De su antiguo valor, gloria, fortuna,
no la dejaba el ánimo esforzado
de la grande Isabel, mas que acordarla,
y á sus hijos en Africa llorarla.

XXXIV.

Dióse al fin á partido. Lentamente,
amargo llanto en su dolor vertiendo,
por la puerta de Elvira, tristemente,
los míseros vencidos van saliendo.
Boabdil camina silenciosamente
las lágrimas apenas conteniendo.....
y al pensar que por siempre vá á dejarla,
suspira y vuelve ansioso á contemplarla.

XXXV.

Brillaba nuestro emblema sacrosanto
de la *Vela* en la torre: su alegría
muestra la Iglesia con alegre canto:
las tropas con sus vivas á porfía.
Vése á la Reina caminar en tanto
á la nueva ciudad, que Dios la envia.
Entra en la Alhambra y moros y cristianos
acuden á besar sus reales manos.

XXXVI.

Miró al cabo la Reina, coronada
su santa empresa, por un fin glorioso.
Solo su ardiente fé, nunca entibiada
pudo triunfo alcanzar, tan venturoso.
Al contemplarse dueña de Granada,
dió gracias al Señor, que poderoso,
á España libertaba por su mano
del ominoso yugo musulmano.

XXXVII.

Pero aun guardaba Dios mayor ventura,
gloria que á ningun príncipe ha cabido,
á esta sublime y santa criatura.
Un náutico infeliz, desconocido,
lleno de fé, de ciencia y desventura,
de reino en reino, pobre, desvalido,
iba en vano ofreciendo hallar un mundo.
¡Pensamiento feliz, grande, fecundo!

XXXVIII.

Todos le llaman loco, despreciando
su intento sabio, en su ignorancia vana.
Llega él triste á Castilla, confiando
le amparará su noble soberana.
Aquí tambien la *envidia*, conspirando,
y el *error*, á su empresa sobrehumana
se oponen; pero triunfa la *clemencia*,
y la Reina le admite á su presencia.

XXXIX.

Triste el semblante, pobre en vestidura,
Colon, ante la Reina se presenta:
conmuévese Isabel de su apostura
y con bondad su timidez alienta:
trémulo el genovés, con mal segura
entrecortada voz, su vida cuenta;
y hace ver á Isabel por vez primera
que no es su plan fantástica quimera.

XXXX.

Ya no duda la noble castellana;
pero aun la envidia lucha sordamente.
Quizá la historia os culpará mañana,
dice Colon, si muero tristemente.....
Id, esclama Isabel, con fé cristiana,
y despreciad si os llaman néciamente,
si la tierra no hallais, loco profundo;
si hallais la tierra, redentor de un mundo (1).

(1) *Colon*, poema de D. R. Campoamor.

XXXXI.

El Rey Fernando, mas desconfiado,
hace ver la penuria del Tesoro
por tan contínuas guerras agotado:
Basta, dice Isabel: *si falta el oro,*
las piedras venderé de mi tocado:
la gloria, no las joyas atesoro:
yo entro sola en la empresa soberana,
por mi propia corona castellana.

XXXXII.

¡Sublime rasgo! que su ilustre nombre
fuera á inmortalizar solo bastante,
aunque ya mereciera alto renombre
por su valor, virtud y fé constante.
Colon parte por fin. El grande hombre
es ya de una gran Reina el Almirante.
¿Os parece pequeña la escuadrilla?
¡Pues con un mundo volverá á Castilla!

XXXXIII.

¡Colon ha vuelto! ¡Es él! Enternecido
pone á los pies de la inmortal matrona
de aquel nuevo confin desconocido,
sus hombres, sus productos, su corona.
Cuenta con sencillez lo acontecido;
solo olvida, modesto, su persona;
atribuyendo á Dios con fé piadosa
el triunfo de su empresa prodigiosa.

XXXXIV.

Cólmanle los monarcas de favores
premiando su valor y su talento.
Los mas nobles magnates y señores
se tienen por honrados, si su acento
les dirige Colon: aduladores
tampoco faltan, que con ruin aliento
se arrastran á sus pies, cuando hace poco
públicamente le llamaban loco.

XXXXV.

Tanta prosperidad, tanta ventura,
miró la Reina convertirse en llanto:
el cáliz apuró de la amargura
su tierno corazon. ¡Duro quebranto!
El Príncipe Don Juan, que su ternura
de madre y reina mereciera tanto,
murió en la primavera de su vida.
dejando á la nacion entristecida.

XXXXVI.

Tan terrible desgracia, su contento
para siempre turbó: con fé cristiana
resignada sufrió tal sentimiento;
mas ya vió con desdén la pompa vana
de la gloria y poder: un pesar lento
doblado por la pérdida temprana
del tierno Don Miguel, ocultamente
su existencia minaba tristemente.

XXXXVII.

En vano via á España rescatada
del agareno yugo, independiente;
por hombres eminentes ilustrada
en armas y en saber. Su noble frente
por las coronas mira en vano ornada
del poderoso imperio de Occidente,
que Colon, protegido por su mano
hallára para el trono castellano.

XXXXVIII.

Su tierno corazon, llora perdidos
los frutos de su amor: bella esperanza
de la pátria tambien: séres queridos,
robados por la muerte. En lontonanza
vé ya Isabel sus pueblos oprimidos:
su razon y talento tanto alcanza:
lamentando, que un príncipe estranjero,
haya de ser mañana su heredero.

XXXXIX.

Los rudos golpes que tan crudamente
su tierno corazon despedazaron,
(aunque sufridos resignadamente)
y las dolencias que la ocasionaron
de su reinar la agitacion creciente,
su preciosa salud arrebataron,
el término acortando de su vida,
sin abatir su frente ennoblecida.

L.

Con valor religioso, vé llegado
su triste fin: prepárase animosa:
nada olvida su angélico cuidado
por el bien de sus pueblos afanosa.
Hace especial mencion, encomendado
deja al indiano suelo cariñosa.
Pide á todos perdon, tierna, sincera,
y espira cual cristiana verdadera.

LI.

La muerte de una Reina tan querida
sembró en Castilla el mas horrible duelo:
justo era tal pesar, pues vió perdida
con ella de virtudes un modelo.
Su elogio es cada paso de su vida;
cual su epitafio no le habrá en el suelo;
basta escribirle así: ¡Bajo esta losa,
Isabel la Católica reposa!

CANTO DÉCIMO TERCERO.

—

ISABEL II, LA CONTRARIADA

QUE FELIZMENTE REINA.

I.

¡Qué fiesta miro! ¡Qué inmortal victoria
celebra la nacion, que envidia fuera
del mundo todo un tiempo! ¿Su memoria
olvidó sus desgracias? ¿qué hechicera
esperanza, quimérica, ilusoria,
la saca del marasmo en que durmiera?
Es que hoy de España ceñirá á su frente
Isabel la corona refulgente.

II.

¡Una niña! ¿Y por eso delirante
se agita entusiasmado el pueblo hispano?
¿Su nombre solo es á calmar bastante
los males que le aquejan? ¡Sueño vano!
Un enérgico Rey, bueno, constante,
no pudiera tal vez..... ¡Delirio insano!
¿Y evitará que la nacion se hunda
la que aclamais cual *Isabel Segunda*?

III.

¡Oh! ¡Si lo alcanzará! De gozo llena
al saludarla España, ha comprendido
cuánto ha de ser la niña noble, buena,
enalteciendo el reino en que ha nacido.
¡Cual presagio feliz su nombre suena!. ...
No engaña el corazon que enternecido
le dice á la *razon* fria y severa,
vé lo que España es hoy, y entonces era.

IV.

Pobre de industria, casi despoblada;
sin marina, ni ejército, ni hacienda;
por las otras naciones despreciada,
aunque *ella* sola en la feroz contienda
con *el héroe del siglo* sustentada,
supo vencer; sin que á su mal atienda
un gobierno entendido, espatriados
los hombres mas valientes é ilustrados.

V.

Así estaba la España, cuando el Cielo,
depuestos de sus juicios los rigores,
quiso mandarla ese ángel de consuelo,
iris de bien andanza, paz y amores;
niña inocente, envuelta en tierno velo
de belleza y candor; los resplandores
que inundaban su frente blanca y pura
anunciaban al pueblo la ventura.

VI.

La España entonces á sus nobles hijos,
hijos que el despotismo desterrára;
y en tierra estraña, con los ojos fijos
vian desfallecer la pátria cara;
llorando cual perdidos, los prolijos
trabajos que su dicha les costára,
abrió sus puertas y con dulces lazos
los hijos libres estrechó en sus brazos.

VII.

Pero irritado el bando tenebroso
que solo anhela el despotismo fiero,
buscó en la guerra audáz y rencoroso,
los medios de abatir al libre ibero,
no halló trabas su empeño vergonzoso,
y hollando de Castilla el régio fuero,
á un príncipe traidor, sin energía,
proclama cual su rey, en triste dia.

VIII.

No defienden derechos personales,
los que destrozan con horrible guerra
su pátria, y cual carnívoros chacales
riegan en sangre la nativa tierra;
lo que llevan do quier tan solo males;
los que con impiedad que al mundo aterra
invocando de Dios, el nombre santo,
siembran el deshonor, la muerte, el llanto.

IX.

Miran en Isabel simbolizadas
la libertad é ilustracion unidas
y temen ver por siempre derrocadas
el fanatismo y la ignorancia; hundidas
de su poder las bases, y asentadas
las leyes por el pueblo apetecidas,
que hacen iguales con cristiano fuero,
al ciudadano, al noble y al pechero.

X.

¿Qué les importa en su rencor cegados
de *Cárlos* los derechos? su bandera
es pretesto no más, con que irritados
se lanzan á luchar con ansia fiera.
Siete años de desastres y atentados
sufrió la España. Su agresion grosera
cortar supieron en *Vergara* un dia
dos caudillos, dechados de hidalguía.

XI.

Honor á los valientes, que dejaron
la torpe enseña que siguieran ciegos
y á su pátria, la paz nobles tornaron
matando así los sanguinarios fuegos
de fratricida lid. Dignos obraron
al escuchar los sacrosantos ruegos
del pátrio amor, que á su razon mostraba
que solo en Isabel, el bien se hallaba.

XII.

Era Isabel aun niña, y los partidos
en lucha desigual, ambicionando
el supremo poder, poco advertidos,
á un abismo la pátria iban llevando;
pero de su peligro estremecidos,
el bien de la nacion solo buscando,
unidos todos en solemne dia
aclaman de Isabel la mayoría.

XIII.

La pátria ansiaba ver consolidada
su régia estirpe, mas con juicio sano
no quiere que su Reina sea enlazada
sino con un *Infante castellano*.
Las Córtes, con prudencia consumada,
al disponer de tan preciada mano,
toda influencia despreciando estraña,
á Isabel complacieron y á la España.

XIV.

El pueblo era feliz; con tierno abrazo
llevába al templo el fruto cariñoso
de su amor Isabel. Tan dulce lazo
quiso romper con pecho venenoso
un sacerdote indigno..... mas su brazo
de asesino, tembló. Dios bondadoso
le haya dado perdon. Al ser herida
la Reina vió lo mucho que es querida.

XV.

De la paz á la sombra protectora,
órden y libertad marchando unidas,
vióse brillar do quier en buena hora,
la abundancia y trabajo. Las heridas
que la guerra dejára asoladora,
miráronse por fin desparecidas;
principiando á surcar del mar las olas
buques con las enseñas españolas.

XVI.

Telégrafos, caminos, barcas, puentes,
ferro-carriles, faros; cada dia
con asombro y aplauso de las gentes
construyen los Gobiernos á porfía.
A las naciones mas inteligentes
sobrepuja la España. La alegría
completar quiso Dios, del pueblo ibero,
dando á Isabel, un *Príncipe heredero*.

XVII.

Los hijos del Korán, que el ódio insano
guardan de sus abuelos todavía,
recordando que el pueblo castellano
les lanzó de la rica Andalucía,
en su ciego furor el nombre hispano,
con horrible traicion y alevosía,
insultan la bandera de los Cides,
retando su valor á nuevas lides.

XVIII.

Sin duda se olvidaron los menguados,
que una Reina sublime, valerosa,
les lanzó á los desiertos abrasados
del africano suelo, victoriosa;
no pensaron, de cólera cegados,
que otra Reina, no menos animosa,
hoy ciñe la corona de Isabela,
y es digna nieta de su ilustre abuela.

XIX.

Al saber de los moros el ultraje
lanza el pueblo español feroz rugido.
Clama venganza; lleno de coraje,
pide la guerra al ver su honor herido.
No hay poder que en su cólera le ataje,
y escucha, de placer estremecido,
que en nombre de Isabel, nombre sagrado,
el gobierno la guerra ha declarado.

XX.

La noble Reina, de entusiasmo llena,
antes de comenzar la lucha impía,
en el bélico ardor que la enagena,
ofrece su corona y pedrería
para la espedicion. La sarracena
bandera allá en Granada en claro dia
dice, hundió una Isabel..... *Yo, si es forzoso,*
iré á Marruecos con mi noble esposo.

XXI.

¿A dónde van las bélicas legiones
que con tanto entusiasmo allí se aprestan?
¿Por qué allá se improvisan batallones
de voluntarios? ¿Qué es lo que contestan
los que ceden sus armas y bridones
porque no pueden ir? ¿Qué manifiestan
cuando todos ofrecen vida y oro?
Es que España se lanza contra el moro.

XXII.

¡Mirad la escuadra! ¡Es fuerte, numerosa.
Verla sorprende á las demás naciones.
La ha creado la mano poderosa
de la augusta Isabel. Ya los pendones
de Castilla, la mar besa espumosa.
Su vista hace latir los corazones;
y al contemplarla llena de alegría,
recuerda España de *Lepanto* el dia.

XXIII.

Embárcase la hueste belicosa,
que en nombre de Isabel, vá á hacer la guerra.
Toda la gente es jóven, valerosa;
lo mas florido que la España encierra.
Cruza del mar la senda procelosa;
arriba y salta en la africana tierra.....
sin que intente oponerse el enemigo,
de asombro y de terror mudo testigo.

XXIV.

El *Serrallo* primero; la *Condesa*;
Montenegron, despues; *Sierra-Bullones*;
Castillejos; do quier dejan impresa
su garra, de Castilla los leones.
Los húsares allí *de la Princesa*,
destrozaron los moros batallones.
De *Córdoba* el pendon sacando rojo,
triunfar hizo allí *Prim*, con noble arrojo.

XXV.

¡Qué importaba á los hijos de Pelayo
las lluvias ni el cansancio! Enardecidos
van sobre el moro, cual ardiente rayo,
por sus valientes gefes conducidos.
Huye el alarbe con mortal desmayo,
y en vano trás las rocas escondidos,
destrozan á mansalva nuestras filas
las selváticas hordas de kabilas.

XXVI.

La vista de *Tetuan* la sangre enciende
del soldado español. La chusma airada
á defenderla con valor atiende,
que es su *santa* ciudad muy estimada.
Con heróico valor, morir pretende,
el moro antes que verla conquistada.
Muley-Abbas, prudente y buen soldado,
tiene ante ella su campo atrincherado.

XXVII.

¡Vana ilusion! *El cuatro de Febrero*,
memorable por siempre en nuestra historia,
avanza nuestro ejército altanero,
ansioso de arrancarles la victoria.
Lanza el alarbe un alarido fiero
de reto mofador; su vanagloria
irrita mas á nuestra brava gente,
que en veinte encuentros le rindió valiente.

XXVIII.

Truena el cañon; el moro estremecido,
que ante la plaza espera resguardado,
creyendo que no puede ser vencido
en tan gran posicion, mira asombrado
penetrar nuestro ejército aguerrido
por sus mismas trincheras; aterrado,
escapa y abandona juntamente,
su campo y su ciudad, cobardemente.

XXIX.

Las banderas, las tiendas, los cañones,
todo fué nuestro. Tal terror sentian,
que al escape veloz de sus bridones
cruzando la ciudad do quier huian.
Al ver los castellanos batallones,
que á asaltar á *Tetuan* se prevenian,
sus moradores consternados llegan,
y á la merced del vencedor se entregan.

XXX.

Abatido el alarbe, no domado,
al mirar su ciudad esclavizada,
irrítase de nuevo y simulado
en noche oscura, avanza de callada
á sorprender el campo; escarmentado
quedó tambien. Y en la feroz jornada
de *Vad-Ras*, cuyo nombre solo aterra,
pidió humilde la paz para su tierra

XXXI.

Obligado á pagar un gran tributo,
Tetuan quedando en tanto en nuestras manos,
este fué de la lucha el noble fruto
ganado por los bravos castellanos.
Veinte derrotas, sangre, llanto y luto,
sembraron en los fieros africanos.
O'Donnell probó allí su gran talento,
su arrojo *Prim*, y todos su ardimiento.

XXXII.

En cinco meses, tiempo limitado;
ocupando un pais desconocido;
sin caminos, de rocas erizado;
por jarales y bosques defendido;
teniendo un enemigo encarnizado,
que prefiere morir á ser vencido;
los soldados y naves castellanas,
triunfaron de las lunas musulmanas.

XXXIII.

Lanzó Isabel Primera, de Granada
los árabes, y en pos de la victoria,
cual justa recompensa, reservada
el Señor, la guardaba mayor gloria.
¡Un nuevo mundo! empresa aventurada,
que todos motejaban de ilusoria,
Colon, la ofreció hallar. Le oyó, y su frente
ornó con las coronas de Occidente.

XXXIV.

Tres siglos á la España sometidos,
estuvieron los reinos conquistados
por Pizarro y Cortés; mas resentidos;
de imbéciles gobiernos mal tratados;
con audacia y valor no presumidos,
de su yugo se vieron libertados.
Perdiendo la nacion en triste dia,
de América la inmensa monarquía.

XXXV.

Mas gloria; mas honor que á la Primera,
á la Isabel Segunda, reservaba
el Dios, que á la victoria condujera
las legiones que al Africa mandaba
á vengar la traicion, horrible, fiera,
que la cristiana sangre derramaba;
del *Guadalete* la fatal memoria,
vengando en *Tetuan* con nueva gloria.

XXXVI.

Mas gloria; que si un mundo halló ignorado
la Primera Isabel, oscurecido,
de sencillos salvajes habitado,
por armas á sus pies le vió rendido;
los del mismo confin; civilizado;
con su derecho ya reconocido;
viendo que el bien, por ella á España inunda,
por Reina aclaman á Isabel Segunda.

XXXVII.

Así, cual hijo que al paterno seno
vuelve del mundo ya desengañado,
y con gozo le alberga el padre bueno
del mal camino viéndole apartado;
así á *Santo Domingo*, el pueblo, lleno
de fraternal amor. vé incorporado
de nuevo á la nacion. No es gente estraña
la que debe su orígen á la España.

XXXVIII.

¡Quién sabe! Acaso las demas naciones
de la América; pobres, desgarradas
por terribles civiles disensiones,
vuelvan su vista á España contristadas.....
Aun laten los indianos corazones
al nombrarla..... Quizá desengañadas
cual *La Española*, busquen á sus males,
remedio en nuestros brazos fraternales.

XXXIX.

¡Salve, Reina Isabel! Tú que dichosa,
al ocupar el trono celebrado
de Alfonsos é Isabeles, bondadosa,
solo el bien de la España has procurado.
Tú, mas que Reina, madre cariñosa,
que en juvenil edad has conquistado,
por tu heróico valor alto renombre;
por tu virtud y fé, de *buena* el nombre

XXXX.

Rica es la España, respetada, fuerte;
y á tí sola le debe tal mudanza.
Bajo tu cetro, muéstrala la suerte,
un porvenir brillante en lontonanza.
Dios, no permita que temprana muerte
marchite de tu pueblo la esperanza.....
Que la nacion conserve tu persona,
tú, su sincero amor y su corona.

XXXXI.

Y el Príncipe de Asturias, que algun dia
ceñirá la corona soberana,
aprenda de su madre, la hidalguía,
la prudencia, el valor, la fé cristiana.
Que la esperanza de la pátria mia
no trueque en ilusion, mentida, vana,
y esceda con ayuda de los Cielos
ALFONSO DOCE, Á TODOS SUS ABUELOS.

FIN.